

Letras

revista de arte y literatura

EDITORES:

librería SALVAT
Barcelona-Santiago

REDACTAN: ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA,
SALVADOR REYES, MANUEL EDUARDO HUBNER,
HERNAN DEL SOLAR, LUIS ENRIQUE DELANO.
CASILLA 2292

40 CTS.

AÑO II — Santiago de Chile, Enero de 1930 — No. 16

crónica de libros

“ESCRITURA DE RAIMUNDO CONTRERAS”. — Por Pablo de Rokha.

¿Qué fuerza mueve esta extraña poesía? ¿Cuál es el origen de su vacilante dirección, de su grandeza a pesar de todo? Su truco o mecanismo literario con su exceso de retórica, con su elemental concatenación fraseológica puesta delante como carnaza para los tontos, defiende de toda mirada superficial su recóndita albricia poética. Librarla de estos elementos ajenos a su cuerpo puro no es fácil, sin embargo; algo aparece adherido a toda costa a su rayo violento, indócil y fugitivo.

Poesía hecha de sabores contrarios, de hiel y azúcar, compuesta en negro y blanco entre violencias movilizadas y que sólo gasta su elocuencia en grandes temas; he aquí el caso de un poeta. Podría decirse que en el aborlaje constante de un tema demasiado vasto residen su rudeza y la fatiga de su rudeza. En la tentativa renovada de este esfuerzo está la discontinuidad de texto de su poesía que avanza siempre en frases cortas preambulares de un estadio poético orgánico que nunca alcanza a constituirse.

Esta tensión en el mantenimiento de una actitud forzada secciona las frases más profundamente que el blanco tipográfico que las separa en el libro. Como no es posible mantener en su máximo un esfuerzo que naturalmente tiende a decaer, es necesario alzarlo a cada instante, lo cual perfila en el poema un litoral áspero y sinuoso. Por otra parte, si tomamos un período cualquiera, un capítulo entero de esta obra, puede constatar que el caos de sus páginas que pudiera corresponder a la ebriedad de una alta empresa poética, no se verifica sino en apariencia. El artista ha dispuesto de una manera rigurosa su desorden cortando o tratando de cortar el nexo gramatical que a pesar suyo liga su expresión. ¿Hasta qué punto lo ha conseguido? No es tan fácil como se imagina el pompiere literario escribir confusamente en cuanto confuso significa nimbo diabólico inexplicable cuya urdimbre no delata, de ningún modo, los detalles de su hechura. Se necesita para ello cierta cohesión indispensable, una especie de lógica oblicua que presente solamente el resultado obtenido impidiendo ver



las juntas de la composición, el origen o referencias lógicas del discurso.

Mostrar éstas es perder el juego. Como en el parodista que simula mediante sonidos desarticulados, en los que fulgurecen ciertas consonantes, hablar un idioma extranjero la oreja menos advertida nota a poco que se trata sólo de un chau-chau vacío. Aquel que sólo una vez haya oído hablar la lengua simulada debe percibir la diferencia entre el remedo y la expresión idiomática que tiene un significado, aunque éste sea ignorado absolutamente por él. Porque un medio de expresión cualquiera que sea significa ya que

es una clave de entendimiento, una clasificación, un sistema y una melodía a la vez.

Si hay una imputación gratuita hecha a la literatura de Pablo de Rokha es la de creerlo inexplicable, imaginárselo lleno de confusas alusiones ininteligibles para un señor cualquiera. Su literatura es de una extrema claridad, quizá sea su defecto. Su claridad es de primer plano, sin interior, de manera que todo queda en la superficie. Ahora bien, como ésta carece de perspectiva, pasa entonces que a lo largo el poema no varía conservando una estabilidad inerte.

A esto contribuye la escasez de

situaciones del poema que está sometido a una sola: biográfica-descriptiva. Es un hombre que anda y su escenario todo lo que sucede. La forma verbal en jerundio, la más activa de todas, nunca ha sido empleada con más prodigalidad que esta vez, sólo las definiciones podrían compararse en número. Sin ubicación, fáciles de mover, constituyen el relleno del libro.

Extraño caso el de este poeta que por amar mucho lo activo y lo definitivo aparece estático y preparatorio.

Lo más valioso en este hombre es, sin duda, la calidez de su ánimo. Su ansia de fuga consta de

un firme fundamento, obedece a una probada voluntad. El camino trillado de la literatura tan fácil de aprender como manual de oficio a cuya siga se enrolan sin escrúpulo los melodiosos mercachifles de la poesía, sólo consigue irritar a este poeta. Su peor renuncio sería caer en la frase hecha, tener que expresarse en lugares comunes. Prefiere evitarlo aún a trueque de que este cuidado absorba lo mejor de su instinto poético.

“Los grandes poetas crean los futuros lugares comunes, pero no usan los viejos ya deslucidos por el tráfico”. De esta sentencia, Pablo de Rokha ha confeccionado un silogismo para su perfección que muchas veces se cumple en las más afortunadas combinaciones de palabras.

Esto es lo mejor de su poesía. Lo peor lo ha hecho inducido por el mismo afán de eludir las frases modelos, ya que por no usar lo demasiado usado recurre con insistencia a expresiones caprológicas que, por no ser costumbre verlas impresas, le pertenecen exclusivamente.

“LOS ADIOSSES”. Versos. de. Carlo Sabat. Ercasty. — Montevideo.

Sabemos bien que entre “Los Poemas del Hombre” y este último libro recién aparecido existe un punto intermedio de estable valor. Fijar su exacta latitud en la obra completa del gran poeta uruguayo es la primera tentación de quien recibe a deshora este volumen de versos.

De un lado el recuerdo de voz poética más libre y rica todo su vuelo, de otro, un libro ordenado y armonioso compuesto en estricta métrica.

En esta ocasión en mayor grado que en ninguna otra hemos oído entrelíneas de este libro con constancia de hondo eco la música de ese otro canto, el primero que conocimos de este hombre tan lleno de resonancia, tan cargado de victoriosa vastedad. Como en una superposición del poema hemos estado expuestos a la trepidación de dos expresiones diferentes que se barajan sin cesar y en la que, justo es decirlo, están más presente, gozan de más legítima evidencia, los versos a medida que ya conocíamos.

TOMAS LAGO

6 imágenes escogidas de “escritura de raimundo contreras”

¿Cómo va a mejorar el que está enfermo de salud? ¿El prudente y el exuberante a la vez? Por ejemplo: un cataclismo de madreselvas, el que abunda mucho y gravita empobrecido de abundancia?

Le entrega la ceniza de los primeros libros un color funeral de choclo muy maduro o diario muy antiguo.

Semejanza de sepulcro en arriendo a la orilla de un mar desterrado.

Al estilo de ese que lame vinagre en la ojera para entender al sentido del agua.

El agua tan dura del ahogado.

Un aroma a bestia asada agranda la garganta de las tinajas, el humor del vino, la situación de golondrina de aquella naranja que se olvidó en el tiempo.

CARTEL

Hemos recibido este periódico literario uruguayo, cuya dirección es San José 870, Montevideo, dirigido por Julio Sanhueza y Alfredo M. Ferreiro. Su primer número define una honrada y firme actitud literaria y política. Trae colaboraciones de Francisco Espínola (hijo), Homero Martínez Albin, Julio J. Jasal, Pedro Leandro Ipuche, Ramón M. Díaz, Carlos Sabat Ercasty, Mario Vergarant, Emilio Oribe, Alfredo Mario Ferreiro, Emilio Frugoni, Eugenio Montes, Julio Siguenza y Antonio Soto. Ilustraciones de René Magariños y Méndez Magariños.

LAMENTABLE

Verdaderamente lamentable ese gesto de un grupo de escritores y artistas que presentaron un memorial al Gobierno, pidiendo el desamortamiento de Bellas Artes y la dirección de la Escuela para determinadas personas.

No se comprende como han podido unir los nombres de estas dos personas. Hay una gran diferencia entre uno y otro. El caso es la impresión de que uno se habría tomado para endulzar la vida. El otro ha sido puesto a prueba otras veces, ¿con qué resultado?

Y que después de todo eso, los escritores y artistas de Chile clamen por este caballero, es realmente curioso y desconcertante. Verdaderamente es que los organizadores de la petición parece que han tratado con la mayor frescura. Por ejemplo, uno de ellos solicitó la adhesión de nuestro redactor Hernán del Solar. Este se negó y sin embargo su firma aparece al pie del memorial.

¿Se necesita frescura! Pero en el castigo de los que mangonean con este asunto ha llegado con un ridículo que ha caído sobre ellos.

"MUJER DEL LAJA"

Con este título acaba de publicarse una hermosa narración en la "Novela Nueva", el conocido escritor Lautaro Yankas, de quien en esta revista hemos dado interesantes colaboraciones.

Dentro de algunos meses se dará a conocer la aparición de una novela grande con la cual seguramente se afianzará el prestigio de su autor.

ANIVERSARIO

Se nos informa que al cumplir un año el grupo poético Runrunista celebró su aniversario viajando en ascensor en uno de los edificios de esta capital.

Entre los simpatizantes o adeptos a esta escuela nos aseguran que encontraban el poeta Roberto Leizaola Fuentes.

BIBLIOGRAFIA URUGUAYA

Últimas publicaciones:

CARLOS SCAFFO: "El astro de los vientos", poemas. Domicilio del

autor: Rondeau 1572. Montevideo.

JUAN M. FILARTIGAS: "La Fiesta de Tu Luna", poemas. Editorial Albatros. Calle Comercio 2620. Montevideo.

CARLOS M. DEL CIOFFO: "La Ronda del Crepúsculo", poemas. Dirección del autor: calle Rca. Francesa 247, Canelones. Dpto. de Canelones. Uruguay.

MARIA ELENA MUNOZ: "Refracciones", prosas. Editorial "Cruz del Sur". Montevideo.

VICTOR M. DOTI: "Los Alambradores", novela. Editorial Albatros. Montevideo.

FERNANDO NEBEL: "Estampas", poemas. Editorial "La Raza". Montevideo.

SEGUNDO BARREIRO: "Las

noches del diablo", poemas. Imprenta M. Iglesias. Montevideo.

CARLOS SABAT ERCASTY: "Los Adioses". Interludios al modo antiguo. Domicilio del autor: Tacuarembó 2057.

CARLOS ALBERTO GARIBALDI: "Tensiones y alegrías", poemas. Dirección del autor, Canelones 1641. Montevideo.

EUGENE O'NEILL

Aprovechamos la excelente traducción de "Hacia el Este, con destino a Cardiff", hecha por la señorita María Rosa Oliver, y publicada por "La Vida Literaria" de Buenos Aires, para dar a conocer a nuestros lectores al gran dramaturgo yanqui Eugene O'Neill, considerado actualmente uno de los maestros del teatro universal.

O'Neil nació en Nueva York en 1888, y vivió una temporada en Buenos Aires. La obra teatral que ofrecemos en este número es la primera que se publica en Chile. Perteneció a su libro "The Moon of the Caribees".

RUSIA Y LA MUSICA MODERNA

Por un error en nuestro número pasado, el excelente artículo "Rusia y la música moderna" apareció con la firma equivocada. Su autor es Alfred J. Swan, y no Alfred J. Swna, como se publicó.

LA LITERATURA EN VALPARAISO

Hemos dado cuenta en "Letras" de la publicación de la revista porteña "Gong", que agrupa todas las firmas jóvenes de valer (que existen en Valparaíso. Ahí están Jacobo Danke, Mario Bonat, Oreste Plath, los hermanos Alvia, Germán Baltra, en fin, muchachos que han realizado ya una labor interesante y en quienes puede confiarse ampliamente en el porvenir. Generación vigorosa, fiel a un ideal de arte y a una disciplina de cultura.

Pues bien, ahora ha ocurrido la eterna historia. Gentes pobres de espíritu han atacado violentamente en la prensa diaria al grupo de "Gong". Un señor que firma Pickett con muy poco respeto para Dickens, y otro que firma el Diablo Gris, han lanzado sus groseros insultos sobre la muchachada de "Gong". Han recurrido a la actitud de siempre: a la burla, pero ¡qué falta de ingenio, qué impotencia más triste han revelado en sus ataques!... Da pena que gente tan infeliz tome para sí la defensa del buen gusto y se erija en jueces artísticos.

Pueden sin embargo tener el consuelo de que otros más inteligentes, pero no menos biliosos, les han precedido en la tarea. Recordemos los groseros ataques de Bobadilla a Rubén Darío, y sin embargo, ¿quién se acuerda hoy de Bobadilla? ¿Qué significa Bobadilla en la actualidad?

Pero, en fin, ¿se era Bobadilla! ¿Qué decir ahora de los improvisados críticos porteños?

UN VIAJE CON EL DIABLO.—

Hace poco tiempo anunciamos en estas columnas la próxima aparición de este libro de Juan Espinoza, el escritor que además de merecer siempre una entusiasta acogida de parte de los críticos, alcanza en cada nueva obra un mayor éxito de librería. El libro ya está impreso, pero no será entregado al público hasta principios de Marzo. Damos a continuación el índice de este bello libro de cuentos: UN VIAJE CON EL DIABLO.—A tiro contra Dios.—Se enojó No Jesús. Nerón en Quilicura.—Hacha dura.—El cabo Jeria.—El fin del mundo.—Fiero amor.—La serpiente negra. Magno amor.—EL ANGEL GUARDIAN.—La historia de un cuchillo.—La hora.—El aviso.—EL ROMANCE DE IBARRA.—LA CAIDA DEL TITANMORSE Y EL AMOR.—PELICULAS.—Dios.—Milagros.—El cielo.—El latín.—El cajón que pesaba mucho.—Bandidos.—La justicia.—Conjureros.—LA INUTIL.

La Refrigeración Eléctrica simplifica las tareas domésticas y protege la salud.



Con sólo \$ 330 al contado y mensualidades de \$ 165, le entregamos un Refrigerador Eléctrico que le proporcionará comodidad y satisfacción



AHUMADA ESQ. COMPAÑIA

Compañía de Tracción y Alumbrado de Santiago

CRITICA DE LIBROS

LA SEÑORITA MARIA CORTES MONROY, TELEGRAFISTA

Novela por **Januario Espinosa**

La acción de la novela "La señorita María Cortés Monroy", se desenvuelve en el ambiente gris de una capital de provincia. Sus personajes son grises y los recursos de que se vale el autor para moverlos, simples y esquemáticos. Estos seres sin relieve, de lento dinamismo, razonan como filósofos y viven como burgueses. Son más burgueses que filósofos. La vida los lleva y los trae sin violencias, los enreda en pequeñas pasiones, en pasajerías amargas. Tienen un itinerario corto, como corresponde al de una provincia. Un dato curioso. Todos o casi todos beben. No bien se encuentran en la calle dos compañeros de oficina, se invitan a la cantina. Por el camino van razonando acerca del amor, con una filosofía a veces áspera, a veces pueril. Cuando se encuentran un hombre y una mujer, el hombre decide acompañarla hasta su casa y una vez en ella, la compañera le invita a beber una copa de cerveza o de vino. En seguida

brotó el razonamiento, la disquisición filosófica. El amor o el deseo los perturba, y los hace razonar con exceso. Desde el Jefe del Distrito hasta el Caminero todos analizan el amor con una suma extraña de conocimientos. Un día el Caminero, y el joven Negrete —el héroe central de la novela— salen a recorrer la línea del telégrafo. Durante el trayecto, el locuaz caminero se entretiene y entretiene al héroe, analizando, en menudas psicologías, la complejidad del amor. Es un hombre alegre y sentencioso y tal vez el mejor y más definido de los personajes de esta novela.

El autor, por su parte, razona por boca de sus tipos. Y aún cuando la novela da la impresión de vida cotidiana, sin exaltaciones, como son las vidas opacas de los empleados de provincia, se advierte que esos seres están desempeñando una misión que el autor les ha encomendado, sometidos a su voluntad razonadora. "La señorita María Cortés

Monroy", es un libro curioso. No interpreta la vida, la realidad. La copia, la convierte en un documento simple, sin exaltaciones ni entenebrecimientos. Januario Espinosa enfoca los personajes en el nivel mismo en que actúan, sin imprimirles ningún impulso superior. No hay en sus páginas amplitud, aire, atmósfera. Es la realidad encogida, limitada, estrechada. El héroe central sufre su pasión amorosa, en silencio. La heroína, la que da nombre al libro, sufre su orgullo en silencio. Su equívoco orgullo que la traicionará más tarde, arrojándola en brazos del peor de sus compañeros.

Todos los personajes tienen el aire de los seres rutinarios a los cuales la vida oprime en el marco de sus grises designios. Aman, comen, beben y duermen. Realizan la misión de los seres anónimos. Parecen ellos también los animados tornillos de esas maquinarias complicadas sobre las que se inclinan desde por la mañana hasta la noche, transmitiendo

o recibiendo mensajes... En este sentido la novela de Espinosa es un acierto. ¿Ha querido pintar esta actitud el novelista? ¿Esta actitud de vida uniforme, lenta, monótona? ¿Ha querido dar esa impresión de opacidad?... Dejaríamos hasta aquí nuestras reflexiones y diríamos: el señor Espinosa ha realizado una obra digna de un elogio total? Pero es eso únicamente el novelista? ¿Un autor que se limita a darnos una imagen escueta de la realidad? ¿Una imagen simple, descarnada?... Hay una realidad caliente y una realidad fría. Un estilo de sangre y un estilo seco. Una vida densa y vehemente y una realidad esquemática y helada. Al señor Espinosa le falta vehemencia, impulso creador. En cambio posee el sentido de la realidad humilde, de la vida vulgar, que sabe analizar y transmitir. En este sentido "La señorita María Cortés Monroy", realiza el tipo de la novela destinada a vivir el momento único de la lectura, sin

que de ella quede la impresión de magnificencia, de espesor, de profundidad que dejan los libros en los que la vida se revela por la fuerza o la contradicción de sus pasiones, por sus tipos, firmes y recios, por su estilo envolvente y cálido.

Con todo esta novela es un documento de vida provincial y especialmente de la vida de los empleados de Telégrafo. Con un minimum de elementos, como si el autor hubiera anotado día por día, los pasos, las conversaciones, las inquietudes, los deseos, ha construido un cuadro, aunque opaco, exacto, minucioso de la existencia de esos seres rutinarios, un poco mecanizados y obligados por la vida a transmitir o recibir cada día el pensamiento ajeno...

JULIAN SOREL.

Nos ocuparemos en nuestra próxima crónica de "Sur-américa", por Pablo de Rokha; y "Humo en el mar", por Victoriano Lillo.

NOTAS DE PINTURA

EXPOSICION LAUREANO GUEVARA

Una garantía es el solo nombre de este muchacho discreto y silencioso que esconde cuidadosamente una personalidad de artista consciente, delicado y puro. Pintaba hermosos cuadros. Manejaba bien el color. Sobresalía en las gamas, en los tonos. Se destacó como una especialidad en el "panneau". Se fué a Europa en el año 1923. Durante cuatro años y medio viajó, miró, observó y, sobre todo, estudió, estudió mucho, con constancia, con afán.

Ahora, vuelto a Chile, nos exhibe cincuenta trabajos en la Sala Dittrich. Oleos, acuarelas, pastels, dibujos, apuntes, esbozos, paneaux, estudios. De todo y todo, absolutamente todo, bueno. El artista delicado que se fué, vuelve —¡oh milagro!— siendo todavía el mismo, a pesar de la vorágine europea, a pesar de la canción engañadora de las mil escu las que ruedan una sobre otra, a pesar de los snobismos, de las modas, de las imitaciones. Laureano Guevara volvió convertido en el mismo pintor de antes. Tan honrado, tan puro como se fué, pero — eso sí — aumentado en todo sentido: en solidez, en seguridad, en consistencia, en calidad artística.

Anotamos allí algunas magníficas telas de París: "Malakoff", "La Beaulieu", tratados con riqueza de color y firmeza de composición. Algunos pequeños cuadros de temas daneses: "Casa blanca", "Caleta de pescadores", ostentan un color igualmente rico dentro de una factura totalmente diversa. Laureano Guevara sabe bien que todos los países tienen una realidad pictórica diferente y no pueden ser sometidos a una visión unilateral. De aquí que sus paisajes de Dinamarca nos atraigan especialmente, tanto por la manera de tratarlos como por la singular belleza de los temas. Hay allí una "Primavera", primavera danesa, con árboles crecidos, rojizos, melancólicos, muy dulces, donde se advierte el dominio ple-

no de un artista. Hay también otros paisajes daneses, luminosos, aireados, sueltos, muy hermosos. Otros temas del pequeño país del Norte, "Calle danesa", "Cerca del fiord", "En el puerto", acusan la delicadeza de un temperamento en la mano segura de un artista.

Los temas chilenos son algunos sencillos apuntes de viaje, acuarelas casi todas, algunos oleos con buena luz y bien encontrado tema, paisajes nacionales todos ellos, un boceto de unos "Huasos" y un cuadro de más aliento, "Mañana de Otoño", límpido, trabajado, de mucho mérito. Dos naturalezas muertas, donde Guevara demuestra dominar su difícil factura componiendo con seguridad y manejando muy bien el color, un pastel hermosísimo, "Maternidad", donde hay derroche de dibujo y un "Retrato de la señora de V.", con igual firmeza en el dibujo y una fina orquestación de tonos, contribuyen también a darle variedad y calidad artística a la exposición.

Guevara no ha olvidado sus óptimas condiciones de pintor decorativo y así presenta un "panneau", obra de esfuerzo, grande, maciza, con dos figuras humanas en primer plano y un fondo maravilloso del paisaje dinamárquico: luz sonriente y húmeda, campos, mieses, dunas onduladas, molinos girando al viento suave del otoño. Secundan a esta obra un "Estudio de composición", audaz y recio y una "Composición decorativa", especie de friso de tema americano, con numerosas figuras, vivo color y una acertada interpretación de los motivos criollos del Continente.

Más o menos treinta acuarelas, dibujos, bosquejos, todos interesantes, valorables, completan esta presentación de primer orden que hace Laureano Guevara a sus compatriotas de Chile. Por nuestra parte, sólo nos resta manifestar que la exposición de Guevara significa un aporte de alta calidad a la pintura chilena y

felicitemos al modesto y laborioso artista.

SALON DE LOS INDEPENDIENTES Y LOS HUMORISTAS

Los pintores — por fin — se han unido y comprendido que es necesario conocerse más, apreciarse más, marchar más juntos a la conquista de una gloria que muchas veces tarda demasiado o no viene nunca. Sobre todo, aquí en Chile, en nuestro ambiente. Porque — es necesario recalcarlo — esos Salones Oficiales son, indudablemente, honestos, apacibles y a veces, sólo a veces, hasta artísticos. Sin ánimo alguno de atacar al Salón Oficial ni menos la personalidad de los jurados que disciernen los premios todos los años, nosotros no podemos desconocer que eso limita al artista, le cierra sus caminos y, con frecuencia, le echa encima de los hombres la capa triste de la amargura o del desengaño. Tal cosa no es posible ni es justo que sensibilidades jóvenes, nuevas, ávidas de valorarlo todo, de verlo todo, vean la obra de sus entusiasmos torcida entre las manos de gente bien inspirada que juzga cuadros porque años atrás no había quién lo hiciera y porque creen, honradamente, cumplir con un deber.

Esta tendencia a convertir el Arte en algo oficial, administrativo, es profundamente dañino. Es la misma tendencia que durante años convirtió a la Escuela de Bellas Artes en un nido de fracasados, donde sólo triunfaban o se mantenían los que tenían demasiado talento o demasiado corazón. Es la misma tendencia que está chocando hoy día, rabiosamente, contra ese puñado de gente joven que encabeza Isamitt, y que, por fin, ha convertido la vetusta escuela en una incubadora de artistas conscientes y una orientadora de los temperamentos insospechados que antes pasaban por su aulas como quien va de viaje y sin saber nunca qué es lo que llevaban adentro, ni qué era lo que podían haber hecho si hu-

bieran tenido los maestros que necesitaban y encontrado el aire necesario para respirar mientras recorrían el camino áspero de la iniciación artística.

Pero, como lo decíamos al comienzo de este párrafo, los pintores han reaccionado. Y lo han hecho con talento, con habilidad, con eficacia. El Centro de Bellas Artes ha auspiciado, e inaugurará en estos días un Salón de los Independientes y los Humoristas. Es, precisamente, lo que faltaba: un peso que basculara la fuerza muerta de los Salones Oficiales, una energía vital que neutralizara la sofocadora que ha desviado a tantos que pudieron ser. Nosotros creemos que este Salón de los Independientes y los Humoristas ensanchará los panoramas del arte chileno, insuflará aire en una atmósfera que tenía sus ventanas cerradas, abrirá horizontes insospechados para muchos. Tal vez exageremos, pero no es aventurado predecir que puede llegar a tener si no la misma, por lo menos una acción semejante a la que tuvo en el arte francés el Salón de los Independientes, aquel que reveló a Picasso, Matisse, Ségonzac, Gris, Utrillo, Vlaminck, Van Dongen, etc.

Cabe, por lo menos, esperarlo. Se han organizado bien. El éxito los acompañará. Y lo merecen.

He aquí las bases del Salón de los Independientes y los Humoristas:

Se llevará a efecto en la Sala "Chile", del Museo Nacional de Bellas Artes, su apertura será el 18 de agosto del año en curso, y la recepción de las obras será hasta el 12 de agosto.

Cada exponente podrá presentar las obras que desee, siempre que no hayan figurado en ningún otro Salón anterior.

Los artistas que vendan sus obras, deberán pagar un 15 por ciento sobre el valor de ellas, en beneficio del Centro Organizador.

Para efecto de propaganda, el Centro podrá usar de la obra que estime conveniente para su pu-

blicación, sin pagar derecho a los exponentes.

Los socios tendrán una rebaja de dos pesos por obra que presenten.

Además de estas Bases Generales, son especiales del Salón de los Independientes:

Habrá un jurado de admisión, elegido por los propios exponentes e integrado por el presidente del Centro.

Cada solicitud de admisión deberá acompañarse de la suma de \$ 3 por obra, que se perderá en caso de que la obra sea rechazada.

Habrá un jurado de recompensas, elegido por los propios exponentes; los que repartirán: Una 1.a Medalla, con un premio en dinero equivalente a un 15 por ciento sobre la utilidad líquida de la Exposición; una 2.a Medalla, con un 10 por ciento; y una 3.a, con un 5 por ciento; menciones honrosas, sin premio en dinero y Premios de estímulos, entre los cuales se repartirán hasta un 2 por ciento de la misma utilidad.

Es especialidad del Salón de los Humoristas:

Este Salón será formado por todos los artistas que sean capaces de dar una forma plástica a una idea que signifique ingenio y buen humor.

Habrá un jurado de admisión compuesto por los señores: Isaías Cabezón, Raúl Simón, Daniel de la Vega, Elena Cortés Jullien y Alfredo Bustos.

Un jurado de recompensas compuesto por los señores: Hugo Silva, Jenaro Prieto, Carlos Carriola, Pedro J. Malbrán y Laureano Guevara; los que repartirán: Una 1.a Medalla con un 15 por ciento sobre la ganancia líquida del Salón; una 2.a Medalla con un 10 por ciento; y una 3.a con un 5 por ciento; Menciones honrosas sin premio en dinero y hasta un 2 por ciento en premios de estímulo. Además, habrá un premio especial a la mejor obra, sobre un tema criollo, consistente en un 6 por ciento.

PEDRO LATTATA.

Desconfíe de los Boletos de Loterías Extranjeras

Corre usted el peligro de que sean falsificados

Compre solamente Boletos de la

Lotería de la Universidad de Concepción

y ayudará así a un fin de conveniencia nacional

Programa para el Sorteo del 18 de Agosto de 1928

| | | | |
|---------------------|------------|------------------------------|-------|
| 1 Premio de | \$ 200,000 | 25 Premios de | 2,000 |
| 1 Premio de | 50,000 | 50 Premios de | 1,000 |
| 1 Premio de | 20,000 | 160 Premios de | 500 |
| 3 Premios de | 10,000 | 500 Premios de | 200 |
| 10 Premios de | 5,000 | 1,800 Premios de | 100 |
| | | 3,000 Terminaciones de | 60 |

EL ENTERO vale \$ 50.00 — EL DECIMO vale \$ 5.00

OSCAR SPOERER y Cía.

AGUSTINAS 1177 - CASILLA 774 - SANTIAGO
SUCURSAL: AHUMADA 84



METRO - GOLDWYN - MAYER DE CHILE

NOS DIO A CONOCER CON "EL GRAN DESFILE" LA EPOPEYA DE LOS HEROES DE LA GUERRA. AHORA CON

DRAMA SENSACIONAL. EXALTACION DE LOS MAS ALTOS IDEALES HUMANITARIOS
APROBADA PARA MAYORES Y MENORES DE 15 AÑOS

LOS HEROES DEL FUEGO

Nos hará admirar la epopeya de los Héroes de la Paz

Super - producción interpretada por

Charles Ray y May Mc Avoy
MIERCOLES 22

SETIEMBRE y CONDELL DE VALPARAISO
JUEVES 23

VICTORIA de Santiago



la lauchita mojada

por guillermo bianchi

Al igual que en muchos cuentos, varios de los amigos de otra época se habían reunido a comer libremente, en un reservado de un restaurant central, y de sobre mesa, hablando de señoras y mujeres, de amores y amorios, comenzaron a contar conquistas, triunfos y fracasos. El último en hablar fué Lucho Vargas, un muchacho que después de haber tenido pretensiones de poeta, había resultado un regular engordador de ganado en el sur.

—Mi última historieta de amor es muy sencilla y un poco tonta. Tal vez es mejor que no la cuente.

Pero los amigos insistieron y él la relató de golpe, sin pausas, casi, como quien al hablar se descarga de un secreto guardado a la fuerza.

—La conocía hace muchos años. Era de las muchachas, que a la hora de las doce o del atardecer, nunca faltan en la clásica manzana de Huérfanos, Ahumada, Estado y Portal. El rubio sospechoso de la cabellera y su cara pintada, dábanle el aspecto de una de esas mujeres que sin ser de la vida suelen beberla, sin embargo, a tragos largos y periódicos. No valía nada: flaca y espigada, con el rostro rematado por una nariz de forma rara, parecía más bien una laucha que acabara de sufrir un charrón. No sé si alguna vez nos presentaron, el caso es que nos saludábamos y en algunas oportunidades mis ojos la miraron de fijo, pensando en una aventura fácil. Entonces, (¡oh ilusión de los veinte años!) una mujer más, significaba, también, un triunfo más...

Después de largo tiempo de ausencia, la volví a encontrar, a mi regreso a la ciudad. El encuentro se produjo en la puerta de salida de un biógrafo y pronunció mi nombre, con tal calor de sorpresa y alegría, que me acerqué a saludarla, como a una vieja amiga. Iba con su hermana, que si no parecía como ella una laucha mojada, semejábale, en cambio, a una de esas institutrices inglesas de opereta, que igualmente sirven para "cuco" de los niños y de para-golpes contra las tentaciones de los papás.

¿Cómo es que me sentí atraído por la lauchita mojada?

Es posible que mi estado de ánimo, atormentado por varios fracasos sentimentales de esos que al caer de golpe sobre el corazón lo hacen tímido y cansado, como a un motor que necesita andar despacio y a poca presión, para no ir al taller o al sitio de los fierros viejos, me llevase hacia ella, sin que mis ojos vieran o mirando, no al través de ellos, ni siquiera por entre mis lentes, si no al margen de un aislamiento lógico, en la ciudad, después de varios años de estar fuera, con menos amigos de los de-

dos al partir y con menos amistad, en los pocos amigos encontrados al volver.

Sin darme cuenta casi, empecé a vivir cerca de ella, otra vez, un amor de los veinte años, es decir de los veinte años, por lo ingenuo, si bien un poco otoñal, por la serena tristeza con que se inició.

Sin importarme el decir de la gente, sin averiguar ni su pasado, ni su vida de ese tiempo, me dedi-

cas manos, en la penumbra cinematográfica! Su piel tenía suavidades de leche tibia y fresca y me era grata la presión de sus dedos largos, elegantes y huesudos. En la oscuridad sus ojos verdes, brillantes, parecían luces débiles, que iniciaran en mi vida cansada y opaca, los primeros albores del retorno a la claridad.

¿Somos nosotros los que ponemos la ilusión en el amor? ¿Nos enamo-

conductoras del sentir ajeno o buenas y malas receptoras del hablar de nuestros corazones.

Era la feíta una estación receptora de primer orden. Sabía vibrar, sin descargas violentas, de esas que asustan, al ver que nuestros deseos espirituales y materiales repercuten sin atenuantes, que suavicen su desnudez, y no era tanta su suavidad para no dejar entrever que también sentía, pero sin dar la sensación atemorizante de ser una posible dominadora o una insaciable.

Su tranquilidad, no exenta de afecto, me hizo mucho bien. Era lo que yo necesitaba, una mujer que oyese con sonrisa bondadosa mis fracasos del pasado y que halagase mi tristeza escéptica del presente, dándome alentadoras esperanzas...

¡Eterna ingenuidad! Afrontamos, como hombres en la vida problemas que nos parecen muy serios, nos atrevemos, de vez en cuando, a audacias inverosímiles y cuando tenemos la absurda pretensión de haber dominado a la vida, toda la vanidad de nuestra altanería se derrumba, al descubrir, de improviso, una tarde cualquiera, que nos hace falta una mujer buena, ante la cual poder aparecer tristes, desconfiados del presente y el porvenir, para que nos bese y nos alien- te!

En medio de mi especial estado de ánimo y sintiéndome en la absurda situación, de un hombre que desdeñando el grito delator de los cabellos pintados, cree haber descubierto oro de espíritu, en cambio, no dí mayor importancia a las críticas a mi naciente idilio, que un día me hizo la vigorosa escritora Elena Mayerffett.

—Pero, Lucho, ¿cómo puede andar con esa mujer, si es de un flacura que espanta? Una vez me topó con el codo y creí que me herían con un fierro helado. Además me han dicho que tiene un amante. Creo que es un gringo de Valparaíso...

Las críticas a la flacura nada me importaron. Creo que hay quien sostiene que la falta de carne, indica más espíritu... Pero lo del gringo... ¡Maldito gringo! Se lo dije un día y me hizo tales protestas de honesta e indignada honradez, que lo olvidé con la facilidad que olvidamos siempre las cosas desagradables, cuando la ilusión nos ciega.

Una tarde me convidó a tomar el té en su casa. Tuve una buena sorpresa al ser recibido en la salita azul, toda azul, alfombra, muebles y muros. Afuera hacía un frío de otoño. Adentro la estufa estaba encendida. Junto a ella en el sofá, con más libertad que en el cine, pude primero estrechar sus manos y luego

besarla en la boca, para continuar con otros besos más audaces, hasta que, invocando mi caballerosidad y nobles sentimientos. (Para esto las mujeres son artistas), me detuvo, en un momento oportuno para ella y que, para mí, fué como una frenada brusca en un auto que va marcando los cien por hora.

Los tranquilos treinta años, excesivamente vividos, no hicieron difícil la transformación del momento pasional en hora romántica y empecé a alternar caricias y besos, con lecturas de cuentos y versos míos, de esos que los amigos creen que ya no escribo, o que escribo muy mal y que ella tenía el talento de encontrar admirables.

Como esa tarde, pasé en el salón azul muchas otras de aquel otoño que me resultaron encantadoras.

Un día vivía los crepúsculos en los biógrafos de moda y otro en los tibios y excitantes "tees" de su casa. Creo que, en medio de tanto entusiasmo, ya comenzaba a encontrarla bonita, hasta que un día la gran sorpresa! la "lauchita mojada" pareció desdeñarme y dar a entender que había dejado de interesarme.

Aún en medio de mi ceguera, estimé que era excesiva y absurda la pretensión. Quise doblegarla y fracasé. Se negó a verme más. Fué inútil que todos esos últimos días que me quedaban para estar en Santiago, le escribiera cartas dolidas y mandase ramos de flores a saludarla todas las mañanas.

Nada más. Pasó el tiempo, me fui y... No se rían Uds., irónicamente. No creo haber hecho el ridículo, desdeñado por una mujercita que no valía nada y que tenía un gringo por amante. Porque lo del gringo lo creo ahora firmemente! Si volviera a encontrarme en una situación parecida; tal vez me enamorase de nuevo. A pesar de todo, "a pesar de todos los pesares", esa flaquita hipócrita, me hizo vivir unos días de ilusión sentimental y literaria, pues, con su mentido amor de amistad otoñal, me hizo creer en un afecto de esos que a los hombres que nos gusta recordar que hemos sido un tanto soñadores, nos duele, a veces, no encontrar en los camaradas de los veinte años, dispersados por distintos caminos y con sus espíritus cambiados al ir luchando con la vida, cuesta arriba o cuesta abajo...

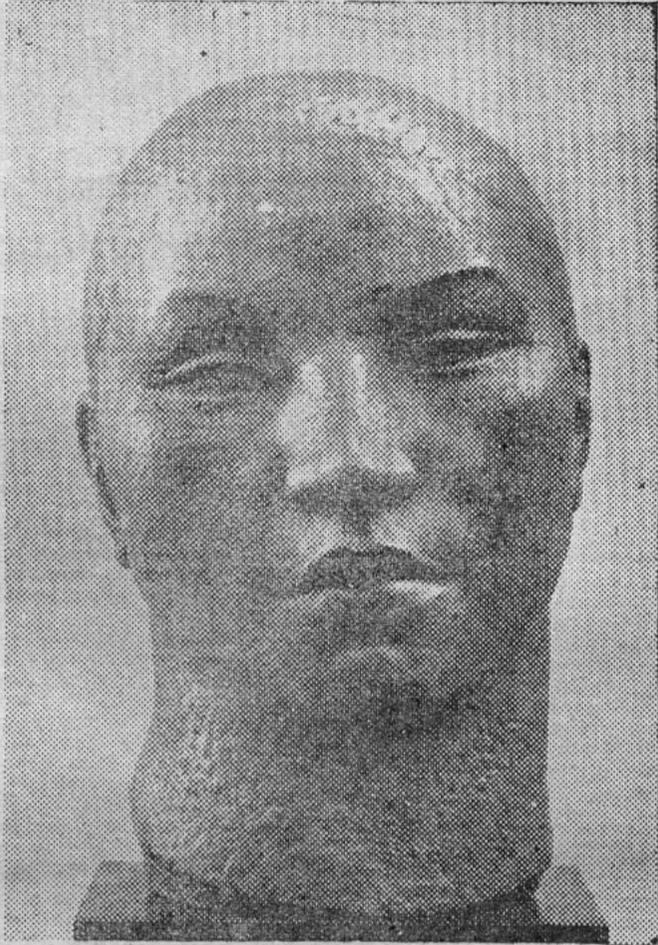
Como al final de todos los relatos, después de unos instantes de silencio, empezaron a sentirse, primero, ruidos de fósforos que encienden cigarrillos y luego algunas vagas frases:

—Vaya, hombre, vaya...

—Y sin embargo ella no valía nada!

—Romanticismos, romanticismos...

G. B.



"Mongolín". por Dora Gordina.— París,

qué a ir con ella todas las tardes al cine. Era otoño, época de estrenos de películas "extras", de debuts de orquestas y de tardes de moda, de elegante concurrencia. Crepúsculos de fiesta, en salas elegantes y coquetas. Fiesta en la sala y fiesta en mi corazón cansado, reviviendo, junto con mi cuerpo, un poco enfermo, al lado de la lauchita mojada, mujercita flaca y débil. Yo no sé que sensación de agrado podía sentir al estrechar

ramos o nos enamoran? Es posible que las más de las veces no veamos en las mujeres, si no lo que queremos ver o lo que nuestro estado de ánimo nos hace ver. Pero si es así, ¿cómo se explica que, en muchas oportunidades, toda la ilusión que solos nos hemos forjado, pensando en una mujer, muere al oírle la primera palabra o al darle el primer beso?

Habrás, quizás, buenas y malas

prestad generosamente los libros

por antonio zozalla

Creo, sinceramente hablando, que el prestar un libro no solamente no perjudica al autor, sino que lo favorece, cuando el libro es bueno. Es indudable que quien pide prestado un libro no pensaba comprarlo, por lo menos, hasta saber si merecía el sacrificio del desembolso. Una vez leído, si nada tiene para él de recomendable, lo devolverá, y si le ha deleitado y admirado, ocurrirá una de dos cosas: o no devolverá el ejemplar, con lo cual su legítimo dueño no dejará de comprar otro, o lo devolverá

decidido a adquirir otro ejemplar en la librería. Por mi parte, puedo asegurar que la mayoría de los libros que he comprado ha sido después de leerlos o de haber leído algunas otras obras del mismo autor. Jamás he comprado a ciegas. Los que no se pueden prestar sin perjudicar a su venta son los libros malos. En cuanto a los buenos, cuanto más circulan, más buscados son. Su lectura gratuita es, sin duda, su mejor propaganda.

Algo análogo he de decir, no sé dónde ni cuándo, defendiendo a

los industriales que facilitan libros para su lectura, mediante una cantidad mensual. Si perjudicaran a los autores y libreros, habría que declarar que también los perjudican las bibliotecas públicas; pero todo el mundo está convencido de que las bibliotecas públicas son absolutamente necesarias en toda población culta, y de que, lejos de restar compradores a los libros, los aumentan en la misma proporción en que favorecen la ilustración de todas las clases, singularmente de las populares. Lo que hace falta

es que las gentes lean, sean los libros comprados o prestados. Nuestro pueblo ideal no puede ser aquel en donde los libros no se prestan..., porque no hay libros. Allí donde todo el mundo pide lectura a título gratuito, acaba por necesitarla a título oneroso.

Y en último término, lo que menos importa es lo que se paga por adquirir conocimientos, y lo más, el hecho de adquirirlos. Si algún librero, de acuerdo con algún bienhechor de las letras, estableciera un gabinete de lectura gratuito, en

donde se facilitara a todo visitante lo más recientemente publicado, es indudable que ciertas obras, que ahora cuentan con muchos lectores, se les acabarían en breve plazo; pero en trueque, los libros buenos, ahora desconocidos casi siempre, circularían mucho más. Bien valdría la pena de contrariar a los autores de esperpentos, con tal de hacer justicia a quienes escriben verdaderos libros, es decir, obras que, después de leídas una, dos y más veces, despiertan en los hombres equilibrados e ilustrados, el deseo de su adquisición.

h o r a d e e

Se ha dicho que la obra "Guillermo II", de Emil Ludwig, ha sido uno de los acontecimientos literarios más importantes de nuestra época. En todo caso, este libro ha llevado triunfalmente el nombre de su autor a través del mundo, cimentando su fama de biógrafo genial, de maravilloso animador de figuras históricas. Refiriéndose a su técnica, él mismo ha dicho: "Nunca he tenido la ambición de descubrir nuevas fuentes de investigaciones, sino que siempre he tratado de formar las figuras con las ya conocidas, pero haciéndolo de un modo plástico, a fin de que todo el mundo reciba la impresión de hallarse ante la realidad".

Ludwig ha conseguido su propósito, ayudado por su profundo sentido psicológico, por su valentía de criterio y por su visión de artista, de modo que los retratos surgidos de su pluma tienen un valor único en la historia y en la literatura. Sus personajes viven, los acontecimientos se desarrollan ante los ojos del lector con toda la fuerza que los impulsó en su momento histórico: la humanidad pretérita se alza en un empuje de vida recobrada.

Así Ludwig escribió su "Bismark", que fué en un principio bosquejado en drama, para convertirse más tarde en la primera de sus grandes biografías; así nacieron esas obras maestras que son "Ge-

nio y Carácter", retratos del Rey Federico, Stein, Bismark, Stanley, Peters, Rhodes, Lenin, Wilson, Rathenau, Leonardo, Shakespeare, Rembrandt, Voltaire, Byron y Lasalle, Goethe y Schiller, Dehmrl, Bang; "Arte y Destino", retratos de Rembrandt, Beethoven, Carl Maria von Weber y Balzac, y su obra cumbre "Napoleón", cuya traducción castellana acaba de llegar a Chile.

Emil Ludwig nació en Breslau (Alemania) en el año 1881, educándose en un medio de alta cultura, frecuentando desde joven la compañía de hombres como los dramaturgos Dehmel, Hauptmann y el Dr. Schweninger, médico de cabecera de Bismark. El mismo Ludwig, dice: "Todos los que en los últimos veinte años del siglo pasado fueron gloria y honra de la Universidad de Breslau, eran amigos de mi padre, y frecuentaban nuestra casa".

Empezó a escribir a los quince años, y a los treinta produjo una serie de dramas en versos, algunos de los cuales fueron representados con bastante éxito. Sus maestros fueron Plutarco y Carlyle. Refiriéndose a su obra posterior, él mismo, dice:

"Sólo poco antes de la guerra europea desperté a la realidad para hacer algo práctico. En 1912 fui a Africa, como periodista, y meses antes de estallar la conflagración, a Londres, más sin poseer cre-

De "Napoleón"

SEGUNDA PARTE

CAPITULO 14

Lentamente, a través de la arena del desierto, se dirige Bonaparte a caballo hacia la Esfinge. Sus miradas se cruzan. Como la Esfinge, Bonaparte sabe guardar silencio. Piensa: Alejandro y César estuvieron aquí... En aquella época la Esfinge tenía ya más de dos mil años... Desde entonces han pasado otros dos mil... Imperios inmensos sobre los cuales el sol no se ponía, extendíanse a una y otra orilla del Nilo; millones de hombres obedecían a un solo jefe y millares de esclavos realizaban sus sueños... Nada era entonces imposible. Descendiente de un conquistador, el Rey se decía hijo de los Dioses y los pueblos creían en él. Podía decirles: "Soy vuestro Dios." Europa, en cambio, ¡qué ratonera!

Poco después, a pocas leguas de aquel lugar, Bonaparte dispone su ejército para la batalla, pues 8,000 mamelucos, los mejores jinetes del mundo, se disponen a atacarlo. Pasa revista a sus tropas, y señalando las pirámides, que se levantan a lo lejos, exclama: "¡Soldados, cuarenta siglos os contemplan!" En cuanto salen de sus parapetos, caen los mamelucos bajo el fuego de su artillería y Bonaparte se apodera de su campamento. Los mamelucos se precipitan hacia el Nilo, y se arrojan a él procurando huir a fuerza de remos o a nado, pero los franceses, sabiendo que siempre llevan consigo su oro, los persiguen durante varias horas por las orillas y en el agua, se apoderan de una parte del botín, y los ponen luego en fuga.

En el Cairo, Bonaparte sabe ganarse a jeques y pachás. Finge amar y honrar a los turcos y al Sultán, y asegura que sólo quiere combatir a los mamelucos, sus enemigos. A un hombre del Mediterráneo, medio oriental, como Bonaparte, no le sorprenden ni sus costumbres, ni sus innumerables cumplidos y zalemas, ni las metáforas del ampuloso lenguaje con que complican sus embustes. Ya, a bordo, había dictado a su intérprete una carta dirigida al pachá de Egipto, que comenzaba así:

"Tú, que debieras ser el amo de los beyes, y al que no obstante privan éstos en el Cairo de la autoridad y el poder, tú verás mi llegada con satisfacción... Sin duda estás ya informado de que no vengo a intentar nada contra el Corán ni contra el Sultán... Ven, pues, a mi encuentro, y maldice conmigo la raza impía de los beyes."

Para aproximarse a los discípulos de Alá, juega con la Trinidad como un prestidigitador. ¿No ha vencido al Papa y a los malteses? Reconoce al Dios del Corán, y excita a los musulmanes a marchar contra los navíos que llegan a la costa, con estas palabras: "No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta. Al Diván del Cairo, compuesto de los hombres más prudentes, más sabios y más ilustrados: que la bendición del profeta sea con vosotros." Que se permita a esos barcos acercarse a la costa, para acabar luego con sus tripulaciones: "lo que

será un hermoso espectáculo para la ciudad del Cairo..."

"En esa flota—agrega—vienen rusos, que sienten horror por los que creen en la unidad de Dios, porque, según sus mentiras, ellos creen que hay tres. Pero no tardarán en ver que no es el número de los dioses lo que hace la fuerza, y que sólo hay uno, padre de la victoria, clemente y misericordioso, combatiendo siempre de lado de los buenos."

En este mosaico de confesiones, que termina de un modo más pagano de lo que él mismo parece sospechar, insistirá, siempre por política, sobre las convicciones poco cristianas de Francia, cuyas ideas, por tanto, no se oponen a la religión mahometana. Constantemente apela al Corán, que, no sin objeto, se halla clasificado entre las obras políticas.

Habiendo revocado en el Cairo a un Cadí peligroso, justifica su acto con un pasaje del Corán, pues:

"Es de Dios de quien emanan todos los bienes, y él es quien da la victoria... Todo lo que yo emprendo debe triunfar. Los que se declaran mis amigos prosperan, y perecen los que se declaran mis enemigos."

¡Ah, si hubiese nacido cuatro mil años antes! Sólo por la persuasión sería ya el amo de todos. Ahora, en cambio, estos bribones medio salvajes ni siquiera le creen a uno. Bonaparte desprecia a quienes elogia en términos lisonjeros, pero amenaza con graves castigos a los soldados que no respeten sus costumbres.

"Los pueblos a que nos dirigimos tratan a las mujeres en forma distinta a la nuestra, pero en todos los países el violador es un monstruo. El pillaje sólo enriquece a un corto número de hombres y, en cambio, nos deshonra a todos y destruye nuestros recursos, haciéndonos enemigos de los pueblos cuya amistad nos interesa."

Prohíbe penetrar en las mezquitas y hasta reunirse en sus puertas. Por la lisonja, la tolerancia y la intriga, Alá y su espada, Bonaparte adquiere en pocas semanas una gran autoridad.

Por fin se siente amo en Oriente. Pero, ¿es feliz por ello?

Junot ha recibido de París noticias concernientes a Josefina. ¡Ah!, ¿por qué no cayó esta carta en manos de los ingleses, como tantas otras? Al menos, Bonaparte no hubiera sabido nada de lo que sucedía. Junot ha creído que se hallaba en el deber de comunicar estas noticias a su jefe, que es también su amigo. Hipólito, colocado por Josefina entre los proveedores militares, después de haber sido despedido del ejército, acababa de encontrarse con la generala en casa del maestro de baile a la moda. Su antigua pasión se ha encendido de nuevo, pues él sigue tan seductor como siempre y, además, ahora es rico. Josefina ha comprado, pero no pagado, una hermosa propiedad en las cercanías de París: la Malmaison, donde el joven dandy vive con la bella Josefina.

Bonaparte va y viene por la costa, al lado de Junot; cada vez más pálido, se lleva nerviosamente la mano a la frente y su rostro se contrae. De pronto, se vuelve hacia Bourrienne, que se halla sentado ante la tienda: "Usted caballero, no es un buen amigo mío; ¡Las mujeres!... Josefina... ¡Si usted fuese mi amigo me habría informado de todo

lo que acabo de saber por Junot! Este es un verdadero amigo... ¡Josefina, Josefina!... Estoy a seiscientas leguas; usted ha debido decirme... ¡Josefina haberme engañado así... ella! ¡Ah, que tengan cuidado!... Exterminaré esa raza de mequetrefes y pisaverdes!... ¡En cuanto a ella... el divorcio!... Sí, el divorcio... un divorcio público, ruidoso... Es menester que escriba... Lo sé todo... Es culpa suya... ¡Usted debería haberme dicho...!"

Bourrienne procura calmarlo y le habla de la gloria. "¡Mi gloria!... — exclama Bonaparte.— ¡Ah!, no sé lo que daría porque lo que me ha contado Junot fuese mentira... Amo tanto a esa mujer... Si Josefina es culpable, es menester que el divorcio me separe de ella para siempre... No quiero servir de burla a todos los inútiles de París".

Como los ingleses interceptan y publican casi todas las cartas, apenas si puede hacer alusión a estas noticias cuando escribe a su hermano. ¿Es este recato lo que da a su carta un tan doloroso encanto? Veinticuatro horas después de haberle enviado un informe lleno de victoriosa energía escribe a José.

"Egipto es el país más rico en trigo, lino, legumbres y carnes que existe sobre la tierra; pero la barbarie reina aquí en su más alto grado. No hay dinero ni siquiera para pagar a las tropas. Es posible que dentro de dos meses me encuentre ya en Francia. Te recomiendo mis intereses. Tengo muchas penas domésticas, pues se ha desgarrado el velo. Sólo tú me quedas sobre la tierra, tu amistad me es preciosa y ya sólo me resta, para acabar de convertirme en un misántropo, el perderla a ella y que tú me traiciones... Es una situación muy triste la de tener a la vez todos los sentimientos por una misma persona en un solo corazón. Tú me comprendes. Haz de suerte que encuentre a mi llegada una casa de campo, bien sea en las cercanías de París o en Borgoña; cuento pasar allí el invierno, encerrado, pues estoy harto de la naturaleza humana. Tengo necesidad de soledad y aislamiento; las grandezas me aburren y el sentimiento está en seco. La gloria es insípida a los veintinueve años; lo he agotado todo, ya sólo me queda el acabar de convertirme en un egoísta empedernido. Pienso conservar mi casa, pero jamás se la daré a nadie. Apenas si me queda ya con qué vivir. Adiós, mi único amigo; jamás he sido injusto contigo, y espero me harás la justicia de reconocerlo, a pesar de mis deseos, a veces, de serlo... Ya me comprendes. Un beso a tu mujer y a Jerónimo".

Cinismo, sentimiento de odio y de venganza se pierden en una profunda melancolía... Desde las amargas líneas escritas en su diario a los diecisiete años, jamás habíamos oído acentos tan dolorosos. Su corazón, confiado siempre, a pesar de tantas crueles decepciones, parece haber sido herido esta vez en lo vivo. ¡Qué le importa ya las conquistas, victorias y campañas de Alejandro! que le importa la gloria, puesto que se ve injustamente herido, puesto que toda la ternura a que se abandonaba con un ardor juvenil se ve tan cruelmente traicionada! Su carta empieza refirién-

dose al trigo y a las legumbres, y acaba con un acceso de misantropía y de asco. Ya no le queda sino su hermano. "Lo he agotado todo".

TERCERA PARTE

CAPITULO 9

Pío VI, oprimida el alma, se acerca a París. Por primera vez un Papa obedece al llamamiento de un soberano. El Emperador recibe al Santo Padre en las puertas de la ciudad, sin darle las muestras de respeto del beso y la genuflexión. El Papa, que no encuentra en París ni grandes honores ni una fe muy ardiente, se mantiene a la defensiva.

Sólo Josefina es toda devoción. Confesándole que no se ha casado religiosamente, procura aprovechar la ocasión que se le ofrece para obtener la consagración de una unión que siente comprometida por el hecho de su esterilidad. El Papa exige, en efecto, el matrimonio religioso para coronarla. Dos días antes de la gran fiesta en la capilla de palacio, el viejo tío Fesch, revestido de la púrpura cardenalicia, une religiosamente a los dos esposos, que, hace ocho años, renunciaron tranquilamente a toda ratificación oficial. Ningún testigo asiste a esta bendición, a fin de que nadie pueda sonreír...

El 2 de Diciembre, Notre-Dame resplandece con el brillo de los cirios y las piedras preciosas; más se diría una sala de fiestas que una iglesia. Los preparativos se venían haciendo desde semanas atrás. Una hábil copia del cetro de Carlomagno había sido presentada al Emperador; viejos pergaminos del tiempo del Rey Sol habían sido consultados para que la coronación del hombre de la Revolución fuese en un todo igual a la de los reyes legítimos. El marqués de Ségur había recogido todos los detalles protocolarios. Isabey, valiéndose de marionetas, había hecho con anticipación un ensayo de la ceremonia.

El Palacio, París, Francia entera se hallan en movimiento. El Emperador está de buen humor; por la mañana, ensaya con su propia mano la corona en la cabeza de su esposa. Por fin, el cortejo se pone en marcha hacia la catedral, con toda pompa. Vestido con un manto imperial a la antigua, Napoleón avanza hacia el altar mayor conduciendo a la Emperatriz, cuya gracia encantadora borra la impresión un poco penosa del momento. El Papa está sentado, rodeado de sus cardenales. El sonar del órgano y el rumor de los rezos llenan el templo.

Entonces, en el momento en que todos esperan que se arrodille el hombre al que nadie ha visto todavía inclinarse, éste toma la corona y, en pie, ante miradas de miradas asombradas, volviendo la espalda al Papa, de cara al público, se corona a sí mismo, en presencia de su pueblo. Luego, corona a Josefina arrodillada. Sólo el Papa había sido avisado en el último momento de esta voluntad del Emperador, y no se había atrevido a amenazarlo con su partida. Quieras que no, tuvo que ungir y bendecir a los dos pecadores. La delgada diadema de laureles de oro que ceñía la frente de Napoleón, no tenía, por otra parte, nada de



EMIL L.

una corona cristiana a sus ojos. Todos los testigos dicen que el rostro del Emperador, en aquella hora solemne, estaba pálido y resplandeciente. Su semejanza con el Emperador Augusto se afirmaba ya, y se acentuará cada día más, como bajo la influencia de una fuerza mística.

Así, en el momento decisivo, Napoleón hizo irrisión de todo el ritual de la realeza legítima. Llegó hasta a sustituir al Papa, que no se lo perdonó nunca. De un solo golpe, toda traza de imitación, toda esta parodia un poco ridícula del antiguo régimen, queda borrada. Sobre los escalones del templo se ha erguido un Emperador, soldado a la romana, que hace diez años nadie conocía; y no son milagros, sino acciones lo que le han valido los laureles con que acaba de coronarse a sí mismo. Su manto, además, lleva bordada la abeja, emblema del trabajo.

Aquel día, el Emperador parece haberse sentido obsesionado por la conciencia de su asombroso destino. Ceñido de laureles, sentado sobre un trono adornado con la gran N. ante el Papa, murmura al oído de su hermano José: "¡Ah, José, si nos vieses nuestro padre!" ¡Y qué emocionantes resultan estas palabras brotadas en aquel instante del fondo de su ser! Nunca hablaba de su padre, pero en esta hora, pensando en su juventud, en las luchas de familia, en la altivez y el orgullo de la tradición corsa, remóntase naturalmente hasta el tronco de que ha nacido...

Durante toda la solemnidad conserva su calma, y para atraer la atención de su tío el cardenal, le toca con la punta de su cetro. Cuando, después de la consagración, se dirige hacia la mesa con Josefina, exclama con un suspiro de alivio: "¡Gracias a Dios que ha terminado esto! ¡Habría preferido un día de batalla!". Obliga a Josefina a conservar la corona durante la comida, como si representasen ambos una comedia. Encuentra deliciosa a su amada criolla en el papel de Emperatriz, y se ve con alegría cómo el hombre de la Revolución es el primero en sonreír de su simulacro imperial.

La libertad de espíritu y el escepticismo, no sin grandeza, que

m i l l u d w i g



LUDWIG

revelan estos pequeños detalles, aparecen mejor aún en una conversación que tiene aquella misma noche con Decrés: "He llegado demasiado tarde; los hombres están demasiado ilustrados. ¡Ya no se puede hacer nada grande!... Sí, convengo en que mi carrera ha sido hermosa y me he abierto camino; pero, ¡qué diferencia con la antigüedad! Piense usted en Alejandro; después de haber conquistado Asia, y de haberse anunciado a los pueblos como hijo de Júpiter, con excepción de Aristóteles y unos cuantos pedantes de Atenas, todo Oriente le creyó. Pues bien, si yo me declarase hoy hijo del Padre Eterno y anunciase que, por esta razón, voy a darle un acto de gracias, no habría una sola pescadilla que no se silbase al pasar. ¡Los pueblos están hoy demasiado ilustrados, y ya no queda nada grande por hacer!". He ahí cómo se expresa con toda franqueza pocas horas después de su coronación. ¡Y cómo le atrae todavía Oriente!

Favorecido y agobiado al mismo tiempo por sus dotes prodigiosas, nada bastaría ya a su ambición, desde que sabe cuán fácilmente se inclinan los hombres ante quién, por su energía y su talento, los obliga a obedecer. ¡Qué le importa a él, al todopoderoso, la filosofía de Voltaire o de Rousseau! ¡Cómo podría él desear la soberanía del pueblo, la democracia, conociendo como conoce la obediencia de sus instintos y la inamabilidad de sus conductores! Extender su dominio, llevar su nombre cada vez más lejos, obtener del libro de la Historia algo más que aquella media página de que habla, a antaño, sacrificarse su vida a los laureles de su corona, sin buscar ni placer ni reposo; he ahí lo único que puede dar algún valor a su vida.

Cuando le presentan un boceto para el sello imperial, tacha el dibujo que representa un león en reposo y escribe al margen: "Un águila, con las alas desplegadas".

QUINTA PARTE

CAPÍTULO 9

Durante todo su vida, la imaginación de este genio creador estuvo

do político alguno. En las enseñanzas de la guerra llegué a comprender parte de los problemas políticos, y escribí artículos desde las diferentes capitales de nuestros aliados. La censura de Berlín suministró los más sinceros; sin embargo, en el Ministerio de Estado leyéronse todos. En mis artículos no tomé nunca la defensa de los príncipes, sino que iba siempre en favor de la nación, y sólo una vez, contra el enemigo. En los cinco años de mi vida de periodista me dediqué más a aprender que a trabajar.

En mi modo de vivir y de pensar, siempre he sido revolucionario, mas nunca lo fui en el sentido político. Pero el lamentable comportamiento de una clase social de cuya moralidad empecé a dudar al final de la guerra, la caída de tantas casas reinantes sin un adarme de lucha, me demostró también a mí que el tiempo de los privilegios y privilegiados había terminado. Al ver caer a tantos miles de hombres inocentes y famélicos, sacrificados a la imprudencia y a la ambición de una minoría, me incliné de una manera decidida hacia la izquierda, sobre todo, en las cuestiones sociales. Comprendí que ningún escritor puede hoy día obrar mejor que cuando favorece, en sentido volteriano, las ideas universales de la paz y de la comprensión mutua, tanto si lo hace en verso como en artículos perio-

urbada por el pensamiento del Creador supremo. A este dominador le desazonaba grandemente la idea de que pudiera no haber un Ser Supremo que dominase a todos los hombres. No quiere decir esto que él se creyese nunca de esencia divina — antes bien, reñase de toda interpretación mística de su poder, — pero ello no impedía que hubiese un gran poder, superior al suyo e incoercible, llamárasele Dios, Destino o Muerte. La cuestión era: ¿cómo el orgullo humano y la imaginación podrían resolver este problema y escapar a esta celada?

En primer lugar, Napoleón rechaza todo dogma: "Mi convicción íntima es que Jesús fué crucificado como todo fanático que se tiene por un profeta o un Mesías. En todos los tiempos ha habido gentes de esta clase. Por mi parte, encuentro un hombre notable en el Antiguo Testamento: Moisés... ¿Cómo había de reconocer yo una religión que contenó a Sócrates y a Platón?... No puedo creer en un Dios que castiga y recompensa cuando veo tantas personas honradas desdichadas y tantos pillos felices. Talleyrand muere en su lecho... ¿Cómo habría conservado yo la independencia de mi pensamiento y de mis movimientos bajo la sugestión de un confesor que me hubiese gobernado? En ese respecto, ¿qué influencia no podría ejercer un hombre malvado y aún el más estúpido de los hombres, sobre aquellos que gobiernan las naciones? ¿No es, acaso, el tramoyista quién, entre bastidores, hace mover a su antojo el Hércules de la Opera?".

Sobre este punto, jamás se desmintió. De niño, se negaba a ir a misa, y nunca aceptó para sí mismo ninguna religión revelada. El hombre que en su propia vida no admitía la intervención del magro y atribuía todo resultado feliz a causas puramente humanas, fuera razón, espíritu de combinación, audacia, conocimiento de los hombres o imaginación, no podía, lógicamente, aceptar los milagros de la Biblia, y es natural que, con la lógica implacable de un jefe de ejército, ponga en duda que la fuente de Moisés pudiera saciar la sed de dos millones de hombres.

La idea del juicio final le es más extraña aún. Jamás encontramos en su boca la palabra "moral", a menos que use de ella, con un fin político. Sin embargo, en Santa Elena, al declinar de su vida, dice una tarde: "El sentimiento religioso es tan consolador, que el poseerlo es un don del cielo... ¡A qué no tendría derecho ya, yo que he hecho una carrera tan extraordinaria, tan tempestuosa, sin cometer un sólo crimen, y habiendo podido cometer tantos! Sí, realmente, puedo comparecer ante el tribunal de Dios y esperar su juicio sin temor. Jamás entreveré. El en el fondo de mí la idea del asesinato, del envenenamiento, de la muerte injusta y premeditada, tan comunes en las carreras semejantes a la mía".

Sostenido por esta convicción, soportó su gran prueba sin un momento de desfallecimiento. Cinco años antes de su muerte, dice que esperaba morir sin confesor, aunque nunca se puede asegurar nada. Pero también en este punto debía triunfar su voluntad.

En cambio, había ampliado su concepción primitiva sobre la

creación del mundo. De revolucionario, había pasado a ser legitimista; de materialista a deísta, sin renegar por esto de su primer modo de ver. El punto de vista de Napoleón continuó siendo el de un naturalista: "Cuando, de vuelta de la cacería, mandaba abrir en canal los ciervos ante mí, veía que era lo mismo que el interior del hombre. Esto no es sino un ser más perfecto que los perros o los árboles, y que vive mejor... Lo mismo unos que otros, no somos más que materia... La planta es el primer eslabón de una cadena en la que el hombre es el último". Y, sin embargo, el Emperador no conocía el Tratado de Morfología de Goethe, ni la Filosofía zoológica de Lamarck, al que hasta se había negado a recibir.

Las deducciones que sacó de ciertos fenómenos psicofísicos son todavía más curiosas. En Santa Elena, una tarde de Navidad, le vemos tratando de definir la naturaleza del alma: "¿Creen los soldados en Dios? ¡Los muertos caen tan rápidamente en torno suyo!... ¿Dónde está el alma de un niño? ¿Y la de un loco?...

¿Qué es la electricidad, el galvanismo, el magnetismo? He ahí dónde reside el gran secreto de la naturaleza. El galvanismo trabaja en silencio. Yo creo que el hombre es el producto de esos flúidos y de la atmósfera, que el cerebro aspira esos flúidos y da la vida, que el alma está compuesta por esos flúidos y que, después de la muerte, regresan al éter, de donde son aspirados por otros cerebros... Lo repito, creo que el hombre nació de la atmósfera calentada por el sol, y que, al cabo de cierto tiempo, esta facultad dejó de producirse". Luego, a renglón seguido de este razonamiento, que el mismo Goethe habría podido hacer, el Emperador, visiblemente asustado por lo que él mismo acaba de decir, se interrumpe bruscamente y dice, volviendo a ser el soldado que se dirige a otro soldado: "Pero, el caso, querido Gourgaud, es que, cuando estamos muertos, lo estamos del todo".

Paralelamente al escepticismo, se desarrollaba en Napoleón una creencia en lo divino, que, a veces, expresaba con una especie de extraño júbilo. Replicando a la Place, que negaba la existencia de Dios, dice: "Más que nadie debería admitir usted de buen grado la existencia de Dios, puesto que ha profundizado usted más que otros muchos en las maravillas de la creación. Si no podemos ver realmente a Dios con nuestros propios ojos, es porque El ha puesto límites a nuestra inteligencia."

En otra ocasión: "Todos los hombres crecen en un Dios, porque todo en la naturaleza atestigüa ante sus ojos su existencia". Y en Santa Elena: "Jamás he dudado de Dios, pues, aunque mi razón sea incapaz de comprenderlo, mi intuición me convence de su existencia. Mi constitución ha estado siempre en armonía con este sentimiento".

¿Qué actitud adoptará, pues, un espíritu semejante ante el Destino? Su orgullo, que no soportaba la idea de doblegarse ante los hombres, cualesquiera que éstos fuesen, aceptó la de ser vencido por la suerte. Y no es que este sentimiento de dependencia naciera de la

dísticos, en la historia o en el teatro. Por ello, al enterarme de que no se autorizaba la publicación del tercer tomo de las Memorias de Bismark, cuyo texto conocía, escribí la obra teatral "La Destitución", guiádome tan sólo el objeto político de difundir la verdad. En las representaciones, que pasaron de mil millones de alemanes aprendieron en dos horas en el teatro lo que hubieran podido leer en los libros y que no leyeron.

También en otro sentido, trató de trabajar contra la guerra, cuya técnica moderna excluye el heroísmo. Creo que Europa se ha convertido en una patria más grande que todas las patrias chicas; desde que el avión ha hecho de París y Berlín ciudades vecinas, las contiendas europeas se han de considerar como guerras civiles, luchas fratricidas. Pertenezco a algunas Comisiones nacionales y europeas, pero no formo parte de ningún partido político".

Las obras de Ludwig han alcanzado tiradas fantásticas, y han sido traducidas a casi todos los idiomas. Además, de las citadas debieron contarse "Julio del 14", historia de los momentos que precedieron la conflagración mundial; "Goethe" y "El sino de Rembrandt".

L.

derrota, no; toda su vida estuvo informada por él, y él vino a reemplazar en su fuero interno la fe y la devoción, y todas aquellas fuerzas en que los demás hombres hallan el valor necesario para vivir. Napoleón vivió, durante toda su vida, obsesionado por la idea de la Fatalidad.

En ciertos momentos de triunfo heroico, sentíase, no obstante, blindado contra los ataques de la suerte: "Creo que la naturaleza me había calculado para los grandes reveses; éstos me han encontrado siempre con un alma de mármol; el rayo no ha podido morder en ella y ha tenido que resbalar". Y véase esta audacia de poeta: "Si el cielo llegara a caerse, lo sostendríamos con nuestras lanzas".

Pero estos instantes de rebelión son raros; por regla general, se inclina: "Todo lo que acontece está escrito, nuestra hora está fijada y nadie puede demorarla... Nadie puede escapar a su Destino". A la Duquesa de Weimar: "Créame, hay una Providencia que lo dirige todo; yo sólo soy su instrumento". A Johann von Müller: "En el fondo, una mano invisible lo encadena todo. Sólo gracias a mi estrella he llegado a ser grande". El sentimiento de ser el instrumento del Destino — o de la Divinidad — aun contribuía a exaltar en él el orgullo de la misión de que se creía encargado y esparcía en torno suyo una especie de resplandor profético, que, por otra parte, velaba con frecuencia la sombra de su orgullo.

Jamás creyó Napoleón en su estrella como otros creen en Dios o en un talismán. No podía soportar que rebajasen sus acciones achacándolas a la Providencia; lo que quiere decir que era mucho menos supersticioso que otros hombres de su envergadura. Cuando Luis vacila en entregarle un cuchillo precioso que le ha traído de regalo, el Emperador se lo arranca de las manos, exclamando: "¡Vamos, no te preocupes; este cuchillo no cortará más que pan!". Censura a Josefina por haber consultado a una echadora de cartas; pero luego, lleno de curiosidad, hace que le cuente la sesión. Desea que la firma del tratado de Pressburgo sea diferida unos días para esperar la entrada en vigencia del calendario antiguo; pero este deseo no es una orden, y se contenta con decir: "esto me sería muy agradable", fórmula realmente inusitada en él. En cambio, habiendo visto un mal augurio en el incendio del hotel de Schwarzenberg, cuando su segundo matrimonio, se enteró con una especie de satisfacción de la muerte de Schwarzenberg, que viene a justificar su presentimiento y a librarle de la amenaza. Aparte de estas bagatelas, no hay día en el curso de los veinte años de esta vida tan llena de acontecimientos, en que Napoleón haya tomado, adelantado o demorado, una decisión por superstición. Pero le gustaba jugar con su estrella y con su destino como medios políticos o figuras de retórica. Pasar en Europa por el hombre del Destino, le parecía útil para impresionar a ciertos caracteres, como, por ejemplo, el del Zar, al que decía: "Es prudente y político hacer lo que el Destino ordena e ir allí donde la marcha irresistible de los acontecimientos nos conduce". Gustaba jugar con las ideas afines de destino, circunstancia y azar. Y, a pesar de considerar al Destino como un misterio punto menos que im-

penetrable, creía poder calcular por anticipado, con una precisión casi matemática, los efectos del azar en el curso de una batalla: "Es muy importante no equivocarse, pues la menor fracción puede modificar el conjunto... Para los espíritus mediocres, el azar continuará siendo siempre un misterio, pero para los clarividentes llega a ser una realidad".

A veces, resolviendo en montón todas estas nociones contradictorias, se nos aparece como un fatalista convencido; como cuando dice: "Tengo, contra los atentados, mi buena suerte, mi genio y mis guardias". Y con este paso viril camina resueltamente entre la vida y la muerte.

Haciendo un día el elogio de una tragedia moderna, encuentra, sin embargo, que uno de los personajes, al que el autor atribuye el deseo de querer morir, carece de naturalidad, y agrega: "Es menester querer vivir y saber morir". Napoleón, desde su juventud, había combatido el suicidio, primero en un breve tratado, luego en una orden del día, insistiendo siempre en la idea de que el suicida es un cobarde, sobre todo en la adversidad. A juzgar por los documentos auténticos, la acusación que se le hizo de haberse querido suicidar cuando su primera abdicación, es absolutamente apócrifa. Sólo algunos informes de segunda mano, igualmente apócrifos, lo afirman. Ninguna de las Memorias fidedignas de la época hace referencia a este asunto. Es evidente que Napoleón buscó la muerte en el curso de sus últimas batallas, pero también lo es que jamás tomó veneno alguno. No obstante, con gran frecuencia, el cansancio de la vida se apoderaba de él. Estos accesos de desaliento, de los que ya encontramos huella en su diario de juventud y en la carta que el general de treinta años escribía desde el Cairo a José, desaparecen poco a poco en la fiebre creciente de la acción, y si se puede creer en la felicidad de los hombres de genio, será menester admitir que Napoleón debió de conocer, en el apogeo de su gloria, momentos de goce sublime. Pero también tenía horas de duda.

"—Más habría valido para la tranquilidad de Francia—dice sobre la tumba de Rousseau—que este hombre no hubiese existido nunca.

"—¿Y por qué, ciudadano Cónsul?"

"—El fué quien preparó la Revolución Francesa.

"—No creía yo que fuese usted quien tuviera quejas de la Revolución.

"—¡Bah! El porvenir dirá si no habría valido más, para la tranquilidad de la tierra, que Rousseau y yo no hubiésemos existido nunca."

Estas dudas se debilitaron con el tiempo, pero lo que jamás le abandonó fué una sensación de aislamiento, tanto más hiriente cuanto mayor era la altura a que se elevaba: "Hay días en que llamo al peligro; y otros en que la vida es dura de soportar".

Habiéndole sido siempre hostil el mar, Napoleón no le amaba, y sólo se complacía en la contemplación del desierto, cuya desolación infinita le recordaba su propia vida, despojada del espejismo de la acción.

hacia el este, con destino a cardiff

por e u g e n e o' n e i l l

PERSONAJES

Yank, Driscoll, Cocky, Davis, Scotty, Olson, Paul, Smitty, Ivan, El Capitán, El sub-oficial.

ESCENA

El compartimento de proa en el vapor británico "Glencalrn". Una noche brumosa, a mitad de la ruta en el viaje entre Nueva York y Cardiff. Un compartimento de forma irregular, cuyos lados casi se unen al fondo formando triángulo. Junto a la pared las camas, de seis pies de largo, están colocadas en tres filas; entre las superiores y las inferiores hay una distancia de tres pies. A la derecha, sobre las camas, se ven tres o cuatro ojos de buey. Frente a las camas, tres bancos toscos de madera. A la izquierda, sobre las camas, una lámpara en un puntal. Al frente, a la izquierda, una puerta, y en el suelo, cerca de ésta, un balde y un jarro de lata. De un gancho colocado en la pared cuelgan los encerados.

El fondo del compartimento es tan estrecho que contiene únicamente una serie de camas; debajo de éstas se ven apilados, sin orden, maletas, cajones, botas marinas, etc.

Con regularidad y apagando cualquier otro ruido, se oye a cada minuto el toque de la sirena del barco.

Cinco hombres, sentados en los bancos, conversan. Visten trajes de tela gruesa, sucios y remendados, y camisetas de franela. Calzan medias únicamente. Cuatro de ellos fuman sus pipas y la atmósfera está cargada de humo rancio. A la izquierda, sentado sobre la cama superior, el noruego Pablo toca callandito, en el acordeón, una canción popular. Se interrumpe de vez en cuando para escuchar la conversación.

Más al fondo, en una cama baja, está acostado, y aparentemente durmiendo, un hombre de facciones duras y cabello oscuro. Uno de sus brazos cae inerte sobre el borde de la cama. Su rostro está pálido, y por la frente resbalan gotas de sudor viscoso.

Son las ocho menos diez de la noche, un poco antes del relevo de la guardia.

COCKY. (Delgado, de tipo enmizado, contando un cuento. Los otros lo escuchan con expresión divertida e incrédula, interrumpiéndolo al final de cada frase con risas y chacotas).— ¡Me quería! ¡Es la pura verdad! Una negra verdadera, toda untada de aceite de coco. Dios me perdone, no la pude aguantar. Negra de porquería, le dije, y la tiré al suelo de una cachetada, y entonces... (una carcajada general interrumpe el relato).

DAVIS. (Un hombre de edad mediana, con cabello y bigotes negros).— Eres un mentiroso, Cocky.

SCOTTY. (Un muchacho moreno).— Sí, sí, estoy seguro de que en toda tu vida no has estado en Nueva Guinea.

OLSON. (Un sueco de bigote café y rubio, dice con pesado sarcasmo).— ¡Imagnate! ¡Dices que era canibal?

DRISCOLL. (Un irlandés moreno con cara desfigurada de boxeador).— ¿Lo dudas, Ollie? ¡Debía ser la reina de los negros, pues, de otro modo no se hubiera atrevido a enamorarse de un calavera buen mozo como Cocky! (Otra carcajada general).

COCKY. (Indignado).— ¡Qué me caiga muerto si no es la pura verdad! Para Navidad harán diez años que sucedió.

SCOTTY. (Lo que quería era una cena de Navidad).

DAVIS. (¿Qué pavo viejo hubiera resultado?)

DRISCOLL. (Suerte para los dos que te escaparas, porque la reina de los canibales se hubiera muerto de indigestión al día siguiente. (Risas).

COCKY. (Enojado).— ¡Ignorantes! (El enfermo se mueve inquieto, quejándose. Hay un silencio. Todos se vuelven y miran al enfermo).

DRISCOLL.— ¡Chist! (En voz baja). Es mejor no hacer barullo, y dejar que se duerma. (Va en puntas de pie hacia la cama). ¡Yank! ¿Quieres un poco de agua? (Yank no contesta. Driscoll se inclina y lo mira). Está durmiendo. Parece que se ahoga, la respiración le hace glu-glu en la garganta. (Vuelve en silencio y se sienta. Todos callan, evitando mirarse en los ojos).

COCKY. (Después de una pausa).— ¡Pobre diablo! Que Dios lo ayude, de ésta no se escapa.

DRISCOLL.— ¡Cállate la boca! Aún no se ha muerto, y quiera Dios que viva muchos años.

SCOTTY. (Meneando la cabeza con duda). Está mal, está muy mal.

DAVIS. — Y asimismo puede decirse que tuvo suerte; otro, con una caída así, no cuenta el cuento.

OLSON.— ¿Tú lo viste caer?

DAVIS.— Estaba a su lado. Ibamos los dos a cortar leña. Se descuidó, perdió pie en la escalera, y cayó al fondo. Yo por un minuto, con el susto, ni mirar podía, pero al oír un gemido, bajé corriendo. Debía tener una herida interna, pues de la boca chorreaba sangre. Se quejaba, pero no decía nada.

COCKY.— ¿Se acuerdan cuando lo entramos aquí? ¡Demonio!— decía— ¡demonio! y nada más.

OLSON.— ¿Y el capitán supo dónde está herido?

COCKY.— ¡Qué va a saber ese viejo estúpido, que no entiende de nada!

SCOTTY. (Con sorna).— Se pasea todo el día con un pedacito de vidrio en la boca.

DRISCOLL. (Rabioso).— Es peor que el infierno esto de estar solos en medio del mar, y no tener entre uno y la tumba del Océano más que a un viejo canilludo, patilludo, idiota como éste. Era como para hacer rabiar a un santo, verlo con su reloj de oro, tra-

tando de parecer tan sabio como una lechuza en un poste, pero sin saber si era cólera o sarna lo que Yank tenía.

SCOTTY. (Sarcástico).— ¿Pero le dió una dosis de sales, no?

DRISCOLL.— Qué sé yo lo que le dió; sé que leía ese libro que trajo y sacudía la cabeza, para irse luego sin decir palabra; el segundo oficial vino después, y tampoco dijo nada. ¡Qué el diablo los lleve a los dos!

COCKY. (Después de una pausa).— Yank era un buen compañero ¡pobre tipo! En Nueva York me prestó cuatro dólares.

DRISCOLL. (Afectuoso).— Era un buen compañero, y lo es, no hay otro mejor. Dijiste la pura verdad, Cocky. Hace ya más de cinco años nos embarcamos juntos por primera vez, y desde entonces ni la buena ni la mala suerte nos ha separado. A veces nos hemos peleado, pero era cuando teníamos una copa de más. Al día siguiente nos dábamos la mano. Lo que era suyo era mío, y muchas veces hubiera encallado si no hubiera sido por él, y ahora... (Al tratar de ocultar su emoción le tiembla la voz). ¡Demonio! Voy a empezar a lagrimear como una vieja chocha. ¡Si no se ha muerto, y tal vez viva muchos años todavía!

DAVIS.— El sueño le hará bien. Parece que ahora está mejor.

OLSON.— Si comiera algo...

DRISCOLL.— ¿Quieres que coma estando como está? Cuando hasta nosotros que estamos sanos nos enfermamos con la inmundicia que nos dan aquí.

SCOTTY. (Indignado).— Este es el buque del hambre.

DAVIS.— Mucho trabajo, nada de comer, ¡y los dueños paseándose en coche!

OLSON.— ¡Picadillo y picadillo! ¡Y estofado y estofado! ¡Mermelada, pastel! ¡Qué asco! (Escupe asqueado).

COCKY.— ¡Comida para cerdos!

DRISCOLL.— ¡Y el agua sucia que nos dan por té! ¡Y la masilla que nos dan por pan! ¡Cuando me acuerdo siento el estómago como si hubiera tragado una docena de clavos! ¡Y la galleta, le rompería los dientes a un león si tuviera la mala suerte de probarla! (Con el deleite marino de tener un motivo de queja han levantado inconscientemente la voz sin acordarse del enfermo).

PAUL. (Balancea las piernas sobre el borde de la cama, deja de tocar el acordeón, y dice lentamente).— ¡Y papas podridas! (Toca de nuevo. El enfermo se queja).

DRISCOLL. (Levantando la mano).— ¡Cállense la boca! Es el colmo que nos quejemos todos por pavadas, cuando un hombre, tal vez moribundo nos está oyendo. (Se levanta y amenaza al noruego con el puño cerrado). Te voy a romper el alma si no dejas de tocar inmediatamente. ¿Crees que esa música del demonio es buena para un enfermo? (El noruego deja el acordeón, se acuesta y cierra los ojos. Driscoll va al lado de Yank. En el silencio se oye fuerte el toque de la sirena).

DAVIS.— ¡Maldita niebla! (Sacaca de debajo de la cama un par de botas marinas y se las pone). Ahora me toca la guardia. Han de ser casi las ocho. (Todos, excepto Olson, se levantan, se ponen los encerados, los gorros, las botas, etc., preparándose para la guardia sobre cubierta. Olson se acuesta en una cama baja, a la izquierda).

SCOTTY.— Mi turno de timón.

OLSON. (Malhumorado).— Puro mal tiempo durante el viaje, y cuando sopla este maldito viento, ni dormir puedo. (Se vuelve de espaldas a la luz, se duerme y ronca).

SCOTTY.— Si continúa esta niebla, no llegaremos a Cardiff ni dentro de una semana.

DRISCOLL.— Era una noche como ésta cuando naufragó el *Dover*, y también más o menos a esta hora. Estábamos sentados en el compartimento de proa. Yank al lado mío, cuando de repente oímos un gran crujido, y el vapor se inclinó tanto que caímos todos en montón a un lado. Lo que sucedió después no lo recuerdo exactamente, pero sé que fue una tarea pesada el bajar los botes por la borda antes que se hundiera aquella cafetera vieja. A Yank y a mí nos tocó el mismo bote, y estuvimos siete días sin tener nada que comer ni beber. Cuando loco por la sed quise arrojarme al agua, Yank me agarró. Ese mismo día nos recogieron, y el único de nosotros que estaba en su sano juicio era Yank, que manejaba el timón.

COCKY. (Protestando).— Parece pájaro de mal agüero, hablando de naufragios cuando tenemos esta maldita niebla. (Yank se queja, y abriendo los ojos mira inquieto. Driscoll se apresura a ir a su lado).

DRISCOLL.— ¿Te sientes mejor, Yank?

YANK. (Con voz débil).— No.

DRISCOLL.— Tienes que sentirte mejor. Te veo fuerte como un toro. (Preguntando). ¿Es verdad o no lo que te digo?

DAVIS.— El sueño te ha hecho bien.

COCKY.— De hoy en una semana estarás en Cardiff tomando cerveza.

SCOTTY.— Y comiendo pescado y albóndigas.

YANK. (Malhumorado).— ¿Por qué mienten? Creen que tengo miedo de... (Duda, como si temiera concluir la frase).

DRISCOLL.— ¡No pienses en esas cosas! (Se oyen los ocho toques pesados de la campana, y desde proa se oye la voz del centinela: Tooodo va bieeen. (Los hombres miran a Yank dudando si deben despedirse).

YANK. (Con terror).— ¡No me dejes, Drisc! Me estoy muriendo. No quiero quedarme solo con estos que roncan. Saldré afuera. (Trata de levantarse, pero cae hacia atrás, dando un quejido agudo. Boquea jadeante). ¡No me dejes Drisc! (Empalidece y la cabeza le cae hacia atrás).

DRISCOLL.— No te aflijas Yank. No me moveré de aquí aunque lo manden todos los capitanes del mundo. Cocky, dile que Yank no está muy bien y que me quedará con él un ratito.

COCKY.— Bueno. (Cocky, Davis y Scotty salen en silencio).

COCKY. (Desde la puerta).— Que Dios me valga, la niebla se puede cortar con cuchillo.

DRISCOLL.— ¿Estás más tranquilo, ahora, Yank? (Al no recibir contestación se inclina sobre el cuerpo en reposo). ¡Que Dios lo ayude, se ha desmayado! (Busca el jarro del balde, y le moja la frente a Yank que se estremece y abre los ojos).

YANK. (Lentamente).— Creí que me iba. ¿Por qué me despertaste?

DRISCOLL. (Con alegría forzada).— ¿Tienes tanta gana de ver el cielo?

YANK. (Lúgubre).— Más bien el infierno.

DRISCOLL. (Con enojo involuntario).— ¡Por el amor de Dios, no hables así! Das frío. Dentro de uno o dos días estarás de nuevo con nosotros sobre cubierta. (Yank no contesta, pero cierra los ojos con cansancio. Entra Smitty, el marinero que ha sido relevado. Es un inglés joven. Se quita el encerado, que chorrea agua. Mientras tanto entra el timonel, que también ha sido relevado. Es moreno, grueso, de cara redonda y expresión estúpida. El inglés va hacia Driscoll, sin hacer ruido. El otro se mete en una cama baja).

SMITTY.— ¿Cómo sigue Yank?

DRISCOLL.— Mejor. Pregúntale a él mismo, ahora está despierto.



“El millagro de la sopa por Boris Grigorieff.

DIVAGACION SIN IMPORTANCIA

Abandonada de pronto la actitud inconsecuente, lanzadora de imágenes nacidas para afianzar, de manera atrabiliaria, doctrinas que se entrecrocaban y contradicen, el artista asume responsabilidad en el ágil juego de las palabras y su océano iluminado.

Ahora reanuda el dominio consciente de su visión y agrupa sus sensaciones con gesto detenido, donde a veces asoma la ironía unas manos que remueven monedas inesperadas. Sobreviene el reflujo de las escuelas, en un tiempo casi cotidianamente disparadas por hacedores de teorías. Y a través de un ciego camino de

fórmulas disímiles, avanzan y se fortalecen los principios estéticos generales.

Decrece el impulso cazador de sonoridades inconexas. El entendimiento selecciona, ordena expresivamente los elementos logrados en el viaje de los sentidos. Y la literatura se desaprisiona de una simple combinación de rumores verbales, en exceso despoisidos de espíritu para crear una realidad artística.

Es el momento en que el escritor rehuye clasificaciones arbitrarias, se desentiende de normas inestables, advierte la negativa limitación de las agrupaciones su-

misas, ante las que resuena la voz guiadora de un constructor de bamboleantes revelaciones.

Apartado de manantiales con-venidos, crece su desinterés por ovillar su obra entre los dedos de una escuela proclamada con estridencia. Labora íntegramente ajeno al afán de resumirse entre cánones caprichosos. No da importancia al llamado de las teorías convencionales y únicamente está atento a la rotación de su mundo.

Adquirida una clara noción de la síntesis, aleja todo aspecto in-expresivo. Distribuye sus elementos entre la realidad de la na-

turalidad y la realidad que paralelamente levanta su espíritu, buscando una flexible coherencia. Enciende de súbito su lámpara subjetiva e interpreta desde el fondo de su conocimiento el panorama objetivo. Hay equilibrio entre los sentidos—que perciben— y el entendimiento, que construye. Es instintivo y conscien-te.

A menudo pretende exteriorizar lo inexpresable, bucea en honda marejada de sentimientos contradictorios y regresa con un vehemente anhelo de manifestarlos en un haz sintético y justo. Entonces se apoya en una exterior-

rización indirecta de sus sensaciones, acuden las imprevistas imágenes, libertadas de todo vínculo aparente y con una visualidad extraordinariamente fugitiva.

A veces, esto ha conducido a poetas y prosadores impersonales a un descolorido agolpamiento de metáforas. Y en más de una ocasión ha emergido de ahí— como de oscuro océano — la primera palabra vacilante de una estética sospechosa.

Pero el arte nuevo camina distanciado de inútiles muros, livianamente, con una alegría de grandes ojos claros.

Hernán del Solar.

15 MINUTOS CON...



JUAN GUZMAN CRUCHAGA

México, Patagonia, China, Bolivia... Juan Guzmán Cruchaga, entre estos cuatro horizontes que no son horizontes, entre estos grandes panoramas de vida bien vivida, ancla por el momento en Chile, con su abrigo inglés, su pipa de Shanghai y un puñado de recuerdos para echarlos sobre la mesa del restaurant, antes de que traigan la langosta, después que el mozo acerca los ceniceros con el mismo gesto con que el maquinista detiene la locomotora.

—¿Literatura nueva?—dice— Me interesa y me atrae. Pero no me gusta esa limitación que significa que la obra de arte quede sujeta a la imagen. Creo que la imagen, en vez de constituir el fondo de la obra, debe ser únicamente su adorno.

En la poesía me interesan la emoción y la expresión nueva; me interesa encontrar cosas eternas en expresiones simples. Lo que veo en Lubicz Milosz y en los viejos poetas chinos que me han revelado un mundo extraordinario. ¿Otro nombre? Paul Gerdly...

En novela me declaro atrasado. Consideremos que he estado cuatro años metido en Patagonia y tres años en China. He estado le-

yendo últimamente con mucho interés a London, Wells, Jaloux... También me ha interesado Lichtenberg que, aunque carece de aspectos novedosos, tiene mucha emoción y fino sentido adinador del alma infantil.

¿Morand? No. Prepara el espíritu para recibir maravillas, pero es muy parco en darlas y reparte sólo una o dos en cada libro. Más sensación, más riqueza hay en el admirable Pierre Girard. ¿Predilectos? Romain Rolland, Kipling...

Entre los españoles, el Azorín de las "Confesiones de un pequeño filósofo" Sus últimos libros me parecen, en cambio, muy malos.

¿Baroja, no! Leerlo es como subir un camino pedregoso, muy cansador.

He abandonado el teatro. Preparo una novela fantástica llamada "La muerte del oro", un libro de crónicas sobre Oriente y un libro de versos. Estudio el Japón, país al cual desearía volver, y que me dará asunto para una novela.

¿Mi concepto de la novela? Acción, estilo poético.

—¿Y?

—Nada más. ¿Para qué más? S. R.

EL CORAZON DURO

A. C. Tradujo especialmente para "Letras".

Yo no hubiera querido volver a mirar tu triste rostro
Tus mejillas agrietadas y tus cabellos al viento
Yo he partido a través de los campos
Bajo esos bosques húmedos
Día y noche
Bajo el sol y bajo la lluvia
Bajo mis pies crugían las hojas muertas
A veces la luna brillaba

Nos hemos encontrado cara a cara
Mirándonos sin decirnos nada
Y yo no tenía tiempo para volver

Yo me he quedado mucho tiempo amarrado contra un árbol
Con tu terrible amor delante de mí
Más angustiado que en una pesadilla
Alguién más grande que tú al fin me ha libertado
Todas las miradas llorosas me persiguen
Y esta debilidad contra la cual no se puede luchar
Huyo rápidamente hacia la maldad
Hacia la fuerza que eleva sus puños como armas
Sobre el monstruo que me ha arrancado de tu dulzura con sus garras
Me voy respirando a plenos pulmones
A través de los campos a través de los bosques
Hacia la ciudad maravillosa donde late mi corazón.

Pierre Reverdy.

LOS PUERTOS DEL SUR

— IDILIO EN EL BAILE —

—My love... la dijo él risueño
sentando el frágil cuerpecillo
sobre sus rodillas gigantes,
—Quédate conmigo, my love,
y la convidó generoso
a cerveza y patatas fritas.

Las parejas seguían bailando
—marineros y prostitutas—
bajo la red de cadenas
de papel amarillo y rojo,
un pasodoble rebosante
de desenfadada alegría.

Ellos eran altos y rubios;
sus ojos azules y verdes
como los luceros lejanos,
hablaban de la niebla y el mar;
ellas eran menudas, morenas
y en sus negros ojos brillaban
los ardientes soles, las lunas
más apasionadas y llenas.

Viéndolos bailar tan unidos
—las cabecitas locas del sur
sobre los pechos fríos del norte—
¿quién no soñaba dulcemente
con la palmera y con el pino
que tanto se aman?

My love... la dijo él risueño
pasando su brazo potente
por la frágil cintura de junco.
—Vamos a bailar, my love.
Y reclinada sobre su pecho
se dejó ella llevar, feliz.

Afuera el viento silbaba
y las luces rojas del puerto
se prolongaban en el asfalto
que la lluvia tornó brillante
como una lámina de acero.

De cuando en cuando, por la puerta
entraba una ráfaga de aire
oliente a yodo y a alquitrán
que turbaba por un momento
la atmósfera envenenada
y que unía a las voces frívolas

de los nautas y las heteras
la voz dramática del mar.

Pensó él en su tierra brumosa,
pensó en los bailes de sus puertos,
en sus noches del mar de Islandia,
en sus innumerables amantes
de ojos azules cual la menta,
en su "whisky", en su cielo, en su hogar...

Era la música gentil,
el Tipperary victorioso,
que la charanga miserable
deja caer desde lo alto,
sin brío y sin gentileza,
pero que en su pecho adquiría
maravillosa resonancia.

Era la voz jovial y alegre
de la patria que le decía:
—¡All right! bien te diviertes
oh, grandísimo bribón!

Mas, por aquellos ojos negros
y aquella piel morena y tibia
pronto olvidóse de la patria...
—Quiero tus besos, my love;
hace ya un mes que no me besan
más que los vientos y las olas.

La asió del talle nuevamente
con su gran brazo poderoso
y así salieron a la puerta
donde se unieron las dos bocas
lenta, infinita, largamente
bajo el farol que así anunciaba:

LIVERPOOL HOUSE
CAFE
Y
BAILE

—Vente conmigo, my love—
siguió diciéndola al oído—
en la casita junto al baile
nos amaremos esta noche.

Salvador Volver

H O R A D E L U

Despertado un día, este Lázaro que no tuvo Jesús, se irguió. Sin el asombro que frota los ojos, con la fatal conciencia de su sueño, miró en torno. Era bajo una luz cenicienta, entre las ruinas de su viejo país. Crecía la ortiga y pesaba un olor a moho y a soledad sin nombre. Se despertaba de un pasado fuera del tiempo y de aquello que él mismo llamara "la bella claridad mentirosa del sueño". ¿Qué traía de aquel sueño? Todo, y más que todo la conciencia de su nada.

Nunca ya la felicidad sonreiría para él. Sabía demasiado y la dicha huye de los que han descubierto el secreto del Tiempo. Pero su corazón iba percibiendo ecos fantasmas, sombras sonámbulas, castigadas por los años, perfumes sin perfume, perfumes de almas, más que todo.

Y, vestido de duelo eterno, echó a andar.

Que nos diga él mismo este extraño momento. He aquí su voz:

¡Ya no había padres, ya no amigos, ya no más servidores! No había sino la vejez, el silencio y la lámpara. La vejez mezcla mi corazón como una loca a un niño muerto. El silencio ya no me amaba. La lámpara se extinguió.

Pero bajo el peso de la montaña de las tinieblas sentí que el amor, como un sol interno, se alzaba sobre los viejos países de la memoria y que yo me volaba muy lejos, tan lejos, como antaño, en mis viajes de durmiente.

En adelante, pues, este terrible momento de resurrección no podrá apartarse de su memoria y nos hablará de él con frecuencia. Sus versos no harán más que recordarlo y que relatarnos las aventuras de sus "viajes de durmiente". De ahí ha traído sus fantásticas adivinaciones, de ahí su hermético símbolo, de ahí su vieja voz que remueve en nosotros, todo aquello que nosotros mismos nos conocemos, su vieja voz que encuentra en nuestras almas el eco que nosotros creíamos perdido.

El resurrecto está solo. Tiene aún en los labios el sabor del vino bebido durante las "fiestas en el palacio de su vida". Va en busca del mundo, pero el momento terrible le acosa siempre y dice, recordándolo:

Yo era como la lámpara de la bohardilla al amanecer, como el retrato en el album de la prostituta.

y más adelante describe de nuevo su despertar en aquella genial "Sinfonía Inconclusa":

Yo me creía seguido de mi juventud llorosa; pero, bajo la lámpara y mi Hyperión sobre las rodillas, la vejez estaba sentada. Y no levantó la cabeza.

Su voz no puede ser reconocida por todos. El es un iniciado, y para llegar a él hay que ir llevando el misterio de un largo sueño soñado en países de alucinación, hay que descubrir todo lo que permanece oculto en nosotros y que es el vestigio de nuestra vida en lejanías sin nombre y sin tiempo.

Inmenso es el caudal que Lubicz Milosz trae de aquel extraño mundo. Su piedad infinita para el hombre, su piedad que en "La Carreta" y "Talita-Cumi" se hace ternura; su conocimiento traslucido en "Nihumin", su dolor acusado en versos envolventes. Hasta su retina de colorista incomparable.

TALITA CUMI

Te conozco desde hace ya diez años sobre la tierra suspendida en el silencio, Hija del Destino; y es tu pobre imagen la que se me aparece siempre la primera en la lucidez de mis despertares del declinar de la noche, cuando, siguiendo en el espíritu al Cosmos en su vuelo mudo, de repente siento animarse en mí el Universo como aspirado por el vacío de todos estos días.

Yo soy entonces como una cosa ardiendo sobre el río en la noche de estío y la llave del sol está bajo mi mano, que abre las Realidades espejeantes de una niebla de espíritus y por cierto, una sola palabra, y, en este país de la Vida, donde tengo más de un servidor deslumbrante, me aparecerían formas hartas distintas a la tuya, guijarro recogido aquí para el recuerdo.

Pero, ¿no te he amado con humildad en esta pequeñísima sucesión de días? Yo partiré muy pronto, ¡oh mitad de corazón, mitad de corazón tirada al lodo y al frío y la lluvia y la noche de la ciudad! ¡Oh, mi pajarillo domesticado, amenazado por el Invierno! Escúchame. Abre de par en par ese algo en ti que tú no conoces, y trata, suceda lo que suceda, trata de retener en tu minúscula memoria este consejo de uno que ha madurado con la ortiga en el largo y tórrido verano de la amargura: ¡Trabaja!

No tientes al rey terrible de la vida, al dios en el movimiento implacable de los caminos del mundo, al ídolo en el carro de ruedas trituradoras ¡Trabaja, niña! Porque estás condenada, débil, a vivir largo tiempo y yo no quisiera evadirme de estas ensordecedoras galerías con la pobre imagen de lo que tú serás un día: una muchachita convertida en una viejecilla con amargos cabellos blancos bajo el chal, no sé en qué agrio y negro arrabal y sola en la ribera con el río, un fardo de terror en las espaldas, hermana de las húmedas piedras y de los grandes, grandes árboles desnudos.

Ahórrame esto. Porque yo estaré pavorosamente ausente, despertado para siempre

Queremos dar a conocer en esta sección especial nos la brújula indecisa del momento actual. Será la vez junto a un comentario nuestro que puede elevarnos. Ahora es la "Hora" de Lubicz-Milosz, Oscar de París, que con sus poemas finiseculares ha encendido Lleno de partidas y de recuerdos anteriores al sueño, en Europa como en América, y en Chile, gracias a la

Es como un sonámbulo y su voz, a veces, es la de un sonámbulo; de uno que habla desde un "más allá", imposible de situar. Pero antes es bueno repetir algunos versos de "Nihumin" para poder apreciar su actitud frente a realidad de la vida:

Cuarenta años, Para aprender a amar la nobleza de la acción. ¡Oh, acción! Cuarenta años, cuarenta años, la vanidad de los solitarios me ha atormentado. Yo pedía su muerte en mis plegarias, ella ha dejado mi corazón. ¡Oh triunfo! ¡Oh, tristeza!... Ella se ha llevado mi juventud, la única mujer amada. ¡Pero qué importa! Ya, manos mías, ya la piedra os atrae. Manos de venas hinchadas, el afán de construir ¡os embarga, os posee ya! Cuando el mediodía de los fuertes sonará sobre el mar iremos a saludar a los constructores de muelles. De pie en el sol, enfrente del mar comen lentamente su pobre y noble pan y su perspicaz mirada va más lejos que la mía. ¡Honor a ti, honor a ti que has nacido en el llanto como el Amén, y que morirás como el abandono al pie del templo del amor o del palacio del orgullo, trabajo de tus manos! Pronto, mañana, hermano mío, yo podré interpellarte cara a cara, sin rubor, como hablan los hombres, por qué yo también, yo también construiré la casa ancha, potente y tranquila como una mujer sentada en un círculo de niños, bajo el manzano en flor.

Y más adelante:

Las fuentes veladas del movimiento están en un sitio prohibido (y oscuro, cuyo nombre es Valle de la Separación. Allí los mundos y los corazones suspiran en vano el uno hacia el otro, y todo lo que uno toca es la distancia y la duración de la separación. ¡Vida mía! ¡mi vida! Yo sé que los seis días del mundo están para revelarnos lo que se debe conocer del séptimo, enemigo de todo asombro. Porque en el desgarrón de la nube guardiana suspendida sobre Pathmos (el sitio universal contemplado por los ojos vueltos hacia arriba del amor) he visto últimamente la elipse del Sabat incendiarse y dorar mi nacimiento sin grito.

en uno de los dos reinos, no sé en cual, el tenebroso me temo, pues hay en mí algo que arde con fuego bajo y juzgado. Y yo te lo repito, gorrión de miseria, tú estarás sola en esta vida atroz como, hacia el amanecer avaro y lívido del Sena, abandonado de todos, el farol rojo y verde.

Yo no sé ya quién ha matado mi corazón, pero al morir, el malvado, ¿no le ha legado toda su fúnebre realeza de compasión a mis huesos? ¡Niña! Es un dolor que no puede expresarse. El hombre atacado de este nocturno mal sufre, omnisciente y mudo, con las piedras de los cimientos en el moho de las tinieblas.

Yo sé que es El. El cuyo nombre secreto es: el Separado-de-sí-mismo que sufre en nosotros; y que cuando haya pasado al fin la noche sin flores y sin espejos y sin harpas de esta vida, un canto vengador, un canto de todas las auroras de la infancia se romperá en nosotros como el cristal inmenso de la mañana al grito de los alados en el valle del rocío.

Ya, ya lo sé. Pero esta pobre imagen de tu vida en el porvenir solitario, eso no puedo soportarlo. Es un verdadero terror de insecto en mí, un grito de insecto en el fondo de mí, bajo las cenizas del corazón.

EL VIEJO DIA

El viejo día que no tiene objeto quiere que uno viva y lllore y se queje con su lluvia y su viento. ¿Por qué no quiere dormir siempre en el albergue de las noches el día que amenaza las horas con su báculo de mendigo? No avives la lámpara. Este crepúsculo es nuestro amigo. No viene nunca sin traernos un poco de tiempo añejo. Si tú le echases de la pieza la lluvia y el viento se mofarían de su triste capa gris.

Vierte este alcohol en el fuego, cierra bien la puerta. Hay en mi corazón abandonados que tiritan. Se diría en verdad que toda la música ha muerto. ¡Y las horas son tan largas! Posa tu dulce cabeza de otoño en mis rodillas, cuéntame que hay un gran navío solo, solitario en el mar,

Por primera vez un pobre hombre con un sentido tal vez hay una música de verso dentro de nosotros mismos, confiesa cuando dice: "Yo te la llave de la tumba de tu padre". El marcha en un mundo cargado con la vejez de tiempo fancia perdida en el bello sol una frescura nostálgica, pura conquistada. Incomparables y Al evocar su dicha pasada días infantiles y le llama Ma

¡Oh, casa, casa! ¿Por qué ¿Por qué no habéis querido habéis permitido antaño al y al fuego de la larga velad vos que conocíais mi cora con sus cuentos locos, llenos y de veleros perdidos en el del tiempo y de las playas c

Ha sido tentado y arrastrado la vida. Ahora de su cansancio fría de esos arrabales de gran compara con su alma; saca conocer misterios y "esa ter La soledad ya es su amigo

Que seáis bien venida, en el eco de mis propios p

Que seáis bien venida, sole Pero vuestra mansión n

duermen sobre las violetas c No, vuestra verdadera man: Así, vos habéis pensado en es allí donde habéis escrito

no olvides decirme que sus que sus vestidos de lona ha. No quiero ver en ti ¡oh No seas para mí sino una c Una sombra de humo en el t Tiene tu rostro la expresión

B R U

Yo soy un gran jardín de l donde tiritan los abandonad donde el color miserable de Donde la palpación de las

—Alrededor de un medita (María, tú duermes, tu mol gira la ronda de las desesp ¿Oís la ronda que llora en de brumas ciegas, al fondo

Pobres amistades muertas, b ¡Oh vosotros, mentiras de

alrededor del busto medita (María, tú duermes, tu mol venid a danzar la ronda neg La bruma lo ha comido todo el ensueño es tan hueco com Pero en el Parque, donde ha la ronda, la ronda inmensa amigos que uno reemplaza, (María, tú duermes, tu mol Yo soy un gran jardín de r al fondo de un viejo subur

C A N

—Heme aquí, heme ac tiempo! La tristeza de tu ¡Heme aquí, heme aq tan dulce que no me rece A la claridad de las l' pensabas sin duda, en m

EDICIONES PUBLICADAS POR LA
CASA «SALVAT»
 EDITORES S. A. BARCELONA

EXCLUSIVAS PARA LA VENTA
 LIBRERIA "SALVAT"

| | |
|--|----------|
| "ATLAS GEOGRAFICO "SALVAT", edición 1928 | \$ 90.— |
| HISTORIA DEL MUNDO, por J. Pijoan, tomo I, tela \$ 90.—; tomo II, recién publicado | \$ 90.— |
| MANUAL DE VETERINARIA PRACTICA, Medicina, Cirugía, Obstetricia; tela, tomo I | \$ 32.40 |
| DICCIONARIO DE AGRICULTURA, Zootecnia y Veterinaria, publicado fascículo I. | \$ 32.40 |
| "LA MODA".—Historia del traje desde los orígenes del cristianismo hasta nuestros días, publicados tomos I y II, tela lujo, cu. | \$ 36.— |
| ANATOMIA SISTEMATICA, por Dr. Julios Tendler, pasta; tomo I, 100.80; tomo II | \$ 73.30 |
| TRATADO DE PATOLOGIA interna, por los profesores Enríquez, Lafitte, Laubri y Vincent, publicados tomos I, \$ 137.50; tomo II, primera parte, pasta | \$ 83.70 |
| EL FIRMAMENTO, por Luis Rodés, S. J.—33 magníficas láminas impresas en negro y color, encuadernado en tela | \$ 115.— |

PIDA ESTOS LIBROS, O EL PROSPECTO DETALLADO, A

libreria SALVAT
 Barcelona-Santiago

ATENDEMOS PEDIDOS DE PROVINCIAS, Y REMITIMOS LOS LIBROS CONTRA REEMBOLSO

POR CADA CORREO RECIBIMOS NOVEDADES LITERARIAS Y CIENTIFICAS

EL MEJOR SURTIDO EN LIBROS EN LA MEJOR LIBRERIA
 CASILLA 2326. — TELEFONO (Auto.) 4734.
 —AGUSTINAS 1043.—SANTIAGO.

**EDITORIAL
 NASCIMENTO**

LOS LIBROS DEL DIA

LAS RUBAYATAS, de Omar Khayyan, el famoso poeta persa, traducidas cuidadosamente por Enrique Ponce, con ilustraciones magníficas de Luis Meléndez, el exquisito dibujante. Esta obra, por sus méritos literarios y por su presentación puede figurar como un orgullo en la biblioteca del más refinado bibliófilo.

CAIN. — Tragedia, de Acevedo Hernández, el profundo autor de más de veinte obras teatrales que han triunfado en nuestros escenarios. CAIN es el canto de la tierra, de la naturaleza profunda. Acevedo Hernández ha vertido en su tragedia el más alto lirismo de su espíritu.

UN CHILENO EN MADRID. — De Joaquín Edwards Bello, novela en que se pinta de manera maestra el carácter del pueblo madrileño, como también los chismes de los chilenos en la capital de España: Edwards Bello, en esta obra se ha superado en el estilo y en la descripción de tipos españoles y chilenos.

LA LLAMA DE LA INDIA. — De Arnaldo Cipolla, el notable escritor italiano que maravillará con sus encantadoras narraciones de la India.

MEMORIAS DE JOSEFINA BAKER. — La vida de la famosa danzarina negra, ídolo de Europa, con ilustraciones de Paul Polin.

PROXIMAMENTE:

NORTE AMERICA Y LOS AMERICANOS. — Bella obra de Arnaldo Cipolla. Crónicas de Alaska, Canadá y Estados Unidos.

EL CORAZON DE LOS CONTINENTES. — Cuentos de Arnaldo Cipolla. Será la mejor confirmación de su personalidad brillante y honda.

LA CIUDAD INVISIBLE. — De Angel Cruchaga Santa María. Tres obras en un solo volumen: La Ciudad Invisible, Los Cirios y La Hoguera Abandonada.

BERNARD SHAW. — Cuidadosa selección de sus obras.

AHUMADA 125 — CASILLA 2298
 Teléfono 3759

Sucursal en Concepción: Colo-Colo 419-425
 Casilla 2290

TALLERES GRAFICOS: Arturo Prat 1430

SPLENDID THEATRE

Lunes 18

El espectáculo que maravilla al mundo

La obra maestra de CECIL B. de MILLE

**EL BARQUERO
 DEL VOLGA**

La emocionante odisea de un Pueblo

PRINCIPALES INTERPRETES:

William Boyd, Elinor Fair,
 Theodore Kosloff, Julia Faye
 y Víctor Varconi.

Superproducción P. D C
 UNICO CONCESIONARIO

Max Glücksmann

Música y Coros de la misma conocida Canción

